



Once relatos mitológicos
y uno más de propina

Toni Llacay y Montserrat Viladevall



cuatrovientos

Índice

PORTADA

PRÓLOGO

1. APOLO Y DAFNE

2. LOS DOS NACIMIENTOS DE DIONISO

3. MARSIAS, EL FLAUTISTA

4. NARCISO Y ECO, EL AMOR IMPOSIBLE

5. FAETONTE, EL HIJO DEL SOL

6. CASANDRA, LA PROFETISA MALDITA

7. HERMAFRODITO, EL DIOS DE LOS DOS SEXOS

8. EL REY MIDAS

9. ADONIS, EL BELLO

10. PIGMALIÓN, EL ENAMORADO DE SU PROPIA OBRA

11. SÍSIFO, EL ASTUTO

12. ... Y LA PROPINA. CUPIDO Y PSIQUE

CRÉDITOS

PRÓLOGO

Los relatos de la mitología clásica pueden parecernos lejanos, meros residuos del pasado. Sin embargo, su atenta lectura nos descubrirá un mundo hecho a imagen y semejanza del nuestro: los avariciosos se verán reflejados en el rey Midas, los narcisistas en Narciso, los desafiantes en Marsias y, para poner fin a la lista, los enamorados en Eros y Psique, pero también en Apolo y Dafne, Hermafrodito, etcétera.

A pesar de los cambios que ha experimentado la humanidad desde los tiempos de la civilización helena, las personas, volcanes de deseos, sentimientos y pasiones, no hemos variado con la misma intensidad. Todavía estamos anclados en nuestras emociones, y la racionalidad ocupa tan sólo una pequeña parte de nuestras motivaciones. Así, los textos mitológicos de griegos y romanos nos muestran hasta qué punto las culturas clásicas sabían que, por ejemplo, el amor, la ira y el miedo podían más que cualquier argumento, por muy bien formulado que éste estuviera.

Dicho esto, quizá haya llegado el momento de dar comienzo a la lectura del libro y gozar de algunos de los relatos, adecuadamente adaptados, de los que bebe nuestra cultura. Como esperamos que no tengáis suficiente con las once narraciones iniciales, os dejamos otra de propina. ¡Que disfrutéis!

LOS AUTORES

1. APOLO Y DAFNE

En griego, *dafne* significa «laurel». «Dafne» fue el nombre del primer amor de Apolo. Un amor imposible. Y, aunque la ninfa prefirió transformarse en árbol antes que caer en los brazos del hermoso Apolo, el dios la honró tomando el árbol en que se había convertido como su planta sagrada y uno de sus atributos.

El enfrentamiento entre Eros y Apolo

A comienzos de los tiempos mitológicos, una serpiente gigante llamada Pitón se dedicaba a causar estragos entre los pueblos acabados de crear. Tan grande era el espacio que cubría con su cuerpo cuando se movía que las gentes vivían en permanente terror y clamaban a los dioses.

El dios Apolo decidió enfrentarse con el temible reptil. Sin embargo, tenía muy poca experiencia. Hasta aquel momento solamente había luchado contra los gamos y las cabras a las que arrojaba sus flechas. Combatir contra el áspid era, obviamente, un reto de mayor envergadura. A causa de ello, cuando tuvo a la bestia a tiro siguió la técnica de exterminarla sepultándola bajo miles de saetas. Y lo consiguió. Vacío todo su carcaj y no paró hasta que el animal dejó de moverse y la sangre manó de sus heridas negras.

Tras esta primera gesta, el dios Apolo se sintió tan orgulloso de sí mismo que pensó que aquello no podía quedar en el olvido y fundó los Juegos Píticos (por Pitón, claro). Cualquier joven que venciera en ellos con sus manos, sus pies o su carro era premiado con una corona de encina (porque todavía no existía el laurel).

Aun así, no parecía haber suficiente espacio en la tierra y en el cielo para Apolo y para su ego. En otras palabras, que al dios se le subieron los humos a la cabeza. Fue entonces cuando vio al

jovencísimo Eros doblando su arco para tensar la cuerda y cometió la temeridad de exclamar:

—¿Qué haces, tú, pequeño insolente, manejando armas tan poderosas? Estos artefactos son para dioses como yo, capaces de herir con tiros certeros a bestias salvajes y a enemigos prodigiosos. No hace tanto que abatí con una lluvia de flechas a la temible serpiente Pitón, que destruía la tierra aplastándola con su vientre putrefacto. Tú confórmate con encender pequeños amores con tus diminutas saetas y no intentes alcanzar grandes triunfos.

Eros, el hijo de Afrodita, replicó furioso:

—Puede que con tu arco atraveses todo lo que desees, pero el mío te atravesará a ti.

Pronto descubriría Apolo que había sido más osado al retar a Eros que al matar a la serpiente. Porque el dios jamás se había enamorado y fue Eros quien determinó su primer amor. Y, en venganza, decidió hacerlo desgraciado y lo engendró con flechas de distinto signo. El dios del amor subió al monte Parnaso, y con fría premeditación tomó una flecha que hacía nacer la pasión y una flecha que la ponía en fuga.

Dirigió la flecha del amor, hecha de oro y con la punta afilada, al pecho de Apolo y ésta le atravesó los huesos hasta la médula. En cambio, apuntó con la flecha del desamor, despuntada y fabricada con plomo, a la bellísima ninfa Dafne, hija del dios-río Peneo.

La decisión de Dafne

Dafne estaba decidida a seguir los pasos de la diosa Ártemis, que permanecía virgen, ajena al amor y que valoraba por encima de todo la vida en el bosque y la caza. Dafne también recorría incansable los bosques en busca de presas que capturar. No cuidaba su aspecto. Vestía una simple túnica y una venda recogía su cabello despeinado. Sin embargo, ni aun así podía ocultar su intensa belleza. Y, a pesar de que la ninfa prefería la inaccesibilidad de los bosques a la alegre vida de las ciudades, siempre había alguien dispuesto a ofrecerle su amor.

Ella los rechazaba a todos, insensible como una piedra. Sólo se sintió turbada cuando, en una de las pocas ocasiones en que visitaba a su padre, éste le dijo:

—Hija, me debes un yerno.

Su bello rostro se ruborizó avergonzado y la ninfa acertó a murmurar:

—Padre, ya sabéis que jamás me casaré.

—Hija, me debes unos nietos.

Dafne lo miró entristecida. ¿Cómo podía hacer entender a aquel anciano obstinado que aborrecía el matrimonio, que no sabía lo que era el amor ni deseaba conocerlo?

Finalmente, rodeando el cuello de su padre con sus tiernos brazos, le dijo:

—Permíteme gozar, padre queridísimo, de una perpetua virginidad. Así se lo concedió Zeus a su hija Ártemis.

—Hija, aunque lo lamente, puedo aceptarlo. Pero tu propia belleza será la que te impedirá obtener lo que deseas. Eres demasiado hermosa para permanecer sola.

Una persecución desesperada

Así estaban las cosas cuando la flecha del airado Eros impactó de lleno en Apolo. Inmediatamente, el dios se sintió loco de amor por la muchacha. Su pecho ardía como arden las espigas de trigo si alguien se acerca demasiado con su antorcha. Así, la deidad se consumía en llamas por un amor imposible. El gran dios, hermoso, alto, admirado en todas partes por su larga cabellera negra cuyos bucles tenían reflejos azulados, temblaba como una hoja pensando en ella.

Miraba a Dafne desde la lejanía, veía los cabellos que le caían en desorden sobre el cuello y pensaba:

—Con qué gusto se los peinaría.

Observaba sus ojos, que brillaban como las estrellas y susurraba:

—Con qué gusto se los besaría.

Veía sus labios voluminosos y gemía.

—Con qué placer se los mordería.

Contemplaba sus dedos, sus manos, sus antebrazos desnudos y lloraba.

—Con qué pasión los acariciaría.

Y, dejando volar la imaginación en torno a lo que no veía, se lanzó a la caza de la joven ninfa. Dafne escapó, más veloz que la leve brisa, pero él la persiguió gritando:

—¡Te lo ruego, Dafne, hija de Peneo, detente! No te persigo como enemigo. No huyas de mí como los corderos lo hacen del lobo, los ciervos del león o las palomas del águila. No es la hostilidad la que me impulsa hacia ti, sino el amor.

Y continuó con su perorata, que parecía tan imposible de detener como su rápido paso.

—¡Desdichado de mí cuando pienso que por mi causa puedes caerte o pueden arañarte las zarzas! Tu cuerpo perfecto no lo merece. Son demasiado abruptos los lugares que estamos atravesando, hermosa Dafne. Te ruego que no corras tan de prisa. Yo te prometo que también te seguiré más despacio.

Pero ella no bajó el ritmo ni le respondió. Apolo no se sintió desanimado y continuó con su discurso:

—¡No sabes de quién huyes, Dafne! No soy ni un cazador rudo ni un pastor ignorante. Zeus es mi padre y me honran como a su señor en Delfos, Claros, Ténedos y el reino de Pátara. Yo revelo lo que ha sido y lo que será. Yo hago que armonicen los versos y la música. Yo he inventado la medicina y me llaman «sanador». Sin embargo, aunque mis flechas son certeras, otra más poderosa se ha hundido en mi pecho y ni siquiera mis medicinas pueden luchar contra ella. ¡Ay de mí! ¡No existen hierbas que puedan curar el amor!

Apolo deseaba continuar hablando, pero Dafne, lejos de sentirse convencida, aceleró el paso. El dios contuvo la respiración al ver cómo el viento desnudaba sus miembros y sus ropas temblaban agitadas por el esfuerzo. La propia huida aumentaba la belleza y la sensualidad de la mujer.

Así que el dios olvidó sus monólogos y comenzó a correr de verdad, igual que un perro cazador avanzaría tras su presa, mientras ella se apresuraba en pos de su salvación. Atrás quedaban los halagos y las súplicas. Como el sabueso a punto de

atrapar a su víctima, Apolo esperaba alcanzarla al cabo de un momento, y ya la rozaba con los dedos y dejaba que ella sintiese su respiración en el cuello. Mientras, Dafne, al saberse superada, corría más rauda usando sus últimas energías. A él lo impulsaba la esperanza, a ella, el miedo.

No obstante, el más veloz era el perseguidor y no daba tregua. La ninfa palideció ya sin fuerzas y, vencida por el cansancio de la veloz fuga, hizo un último esfuerzo al ver las aguas del río Peneo y gritó:

—¡Ayúdame, padre! ¡Si los ríos tenéis algún poder, transfórmame y haz que desaparezca para siempre la figura por la que he sido demasiado amada!

Apenas había terminado su ruego cuando la pesadez y la torpeza invadieron sus miembros, una fina corteza recubrió su pecho blanquísimo, sus cabellos comenzaron a convertirse en hojas y sus brazos en ramas. Sus pies, antes tan veloces, se anclaron en el suelo con poderosas raíces. Dafne se había transformado en un árbol.

Apolo se detuvo horrorizado. Sin embargo, aun así la amaba. Posando su mano sobre el tronco, sintió palpar el corazón de Dafne bajo la nueva corteza y no pudo evitar abrazar el árbol como si fuera el cuerpo amado. Y besó la madera y, aunque parezca imposible, el leño intentó rehuirlo.

Entonces, Apolo dijo:

—Ya que no puedes ser mi esposa, serás mi árbol. Siempre te llevaré conmigo. En mi cabello, en mi cítara, en mi carcaj... E, igual que mi cabeza conserva siempre joven su larga cabellera, tú llevarás el perenne adorno de tus hojas.

Así Apolo puso fin a sus palabras, y el laurel movió todas sus ramas acabadas de nacer como si celebrara el honor que se le concedía.

2. LOS DOS NACIMIENTOS DE DIONISO

Dioniso, el dios de la viña, del vino y del delirio místico, no es un dios corriente. Para empezar, no nació una sola vez, como suele ser normal, sino dos...

El amor abrasador de Zeus

Zeus se enamoró de Sémele. Para seducirla mudó su aspecto en el de un joven apuesto y se presentó ante la muchacha. La chica aceptó sus seductoras proposiciones y durante un tiempo fueron amantes. La relación fue viento en popa hasta que Sémele se quedó embarazada.

La esposa de Zeus, la celosa y vengativa diosa Hera, se enteró de lo acontecido y se prometió a sí misma que aquella simple mortal pagaría su ofensa. Se personó en la casa de Sémele con el semblante de una anciana y entabló conversación con ella. Después de una larga charla consiguió que le revelara su secreto.

—Si quieres evitar la deshonor de tu familia, debes hacer que Zeus reconozca la paternidad del niño que llevas en tus entrañas. Pídele que se muestre ante ti con su aspecto auténtico y que se funda contigo en un abrazo amoroso como hace con su esposa —la aconsejó Hera con aviesa intención.

Con estas palabras, consiguió convencer a la ingenua Sémele, quien al reencontrarse con su amado, le pidió que le concediese un regalo sin especificarle de qué se trataba. Traicionado por la pasión, Zeus aceptó.

—Quiero que me abrasces y me ames de la misma manera que a tu esposa —dijo la inocente muchacha.

Zeus deseó haber podido tapar la boca de la chica antes de que pronunciara esas palabras, pero ya era tarde, y los dioses están obligados a cumplir con su palabra. El dios se elevó hacia

las alturas, recogió los rayos, las nubes y los relámpagos, y se fundió con su amante en un abrazo amoroso y al mismo tiempo mortal. El cuerpo de la joven no pudo soportar la potencia de las fuerzas celestes y Sémele pereció abrasada.

El nacimiento doble de Dioniso

Ante la desgracia que había causado, Zeus reaccionó con diligencia y extrajo el hijo del seno de Sémele, que estaba en el sexto mes de gestación. Ése fue el primer nacimiento de Dioniso; pero como el cuerpo de la criatura aún no estaba maduro del todo, el dios del rayo se lo cosió en seguida al muslo para que acabara de desarrollarse. En el noveno mes de gestación, el niño nació por segunda vez, aquella vez ya perfectamente formado. Su nombre nos indica el origen tan curioso de Dioniso, pues significa «el dios nacido dos veces».

Temeroso de lo que su esposa le pudiera hacer a la criatura, Zeus se la confió a Hermes, el dios del comercio y del robo, quien lo entregó a los reyes de Orcómeno, Atamante e Ino, para que lo criaran. El dios les aconsejó que lo vistieran con ropas femeninas para evitar las sospechas de Hera, pero ésta no se dejó engañar y volvió locos a los dos tutores.

Para evitar males mayores, Zeus se llevó a su hijo al lejano país de Nisa con la intención de que las ninfas de aquellas tierras lo educasen. Como la ira de Hera todavía no se había aplacado, el dios decidió transformarlo en cabrito, lo cual fue suficiente para que pasara desapercibido durante un tiempo y pudiera llegar a la edad adulta.

3. MARSIAS, EL FLAUTISTA

Cuando lo que se desea es vivir durante muchos años y lo más tranquilamente posible, desafiar a los dioses no es lo más conveniente. Marsias lo comprobó en primera persona.

Marsias encuentra la flauta

Atenea inventó la flauta de doble tubo, que producía la música más bella que jamás se hubiera escuchado en toda Grecia. La diosa estaba muy orgullosa de su invento, pero un día, mientras lo tocaba ante un arroyo, observó cómo se le inflaban las mejillas deformando su precioso rostro. La imagen reflejada en el agua la horrorizó, de modo que arrojó la flauta bien lejos, amenazando con los más terribles castigos a quien la recogiese.

La casualidad quiso que fuera el sileno Marsias quien la encontrase. Con el tiempo llegó a tener tal destreza con el instrumento, que se atrevió a desafiar al mismísimo Apolo, dios de la música:

—Apolo, te reto a que demuestres que eres tan diestro tocando la lira como yo la flauta.

—Acepto con una condición.

—¿Cuál?

—Que el vencedor pueda hacer con el perdedor lo que quiera.

—De acuerdo.

Marsias compite con Apolo

La competición empezó con un empate entre ambos contendientes. Era imposible decir qué instrumento sonaba mejor. Entonces, Apolo lanzó un desafío a su contrincante para discernir de una vez por todas cuál de los dos era el mejor músico:

—Veamos si también eres capaz de tocar la flauta volviéndola del revés, como yo hago con la lira.

Marsias lo intentó, pero no lo logró. Ante el fracaso del sileno, el dios fue declarado justo vencedor. El castigo de Apolo fue cruel: colgó a su contrincante de un árbol y lo despellejó vivo. Después se arrepintió y lo transformó en río.

4. NARCISO Y ECO, EL AMOR IMPOSIBLE

Tanto Narciso como Eco fueron personajes mitológicos cuyos nombres se han introducido en nuestro lenguaje actual por derecho propio. Así, Narciso se enamoró de sí mismo y desde entonces es narcisista quien está excesivamente pendiente de su persona. Y Eco fue una ninfa parlanchina castigada a repetir solamente las últimas palabras que cualquier otro pronunciara.

El castigo a la ninfa parlanchina

La ninfa Eco era muy graciosa y divertida. Todos la conocían por su prodigiosa habilidad con la palabra. La joven sabía jugar como nadie con el lenguaje y su conversación, aunque el tema resultara mortalmente aburrido, acababa siendo chispeante y entretenida.

Una mañana, como tantas otras, las ninfas se reunieron en el monte, y Zeus, como tantas otras veces, apareció de improviso. Al padre de los dioses le agradaba corretear con las ninfas y llevarlas al huerto —en el mal sentido de la expresión— e incluso se olvidaba de su mujer.

Su esposa, Hera, en cambio, nunca se olvidaba de él. Como era extremadamente celosa y comenzaba a sospechar que las reiteradas e injustificadas ausencias de su marido tenían una razón poco clara, decidió seguirlo con discreción.

Pero se topó con Eco, a la que habían aleccionado debidamente. La joven ninfa salió a su paso y la entretuvo con un interesantísimo monólogo sobre las indigestiones pasajeras.

De esa manera, el díscolo Zeus pudo escapar a su esposa, y las ninfas se libraron de la venganza de Hera.

La diosa cayó en la trampa la primera vez. Pero, cuando la escena se repitió, Hera adivinó el secreto y montó en cólera. La pobre Eco se llevó la peor parte:

—Desde ahora no tendrás poder sobre esa lengua osada que se ha burlado de mí. Ni tampoco serás libre para usar la voz cuando lo desees.

Eco la observó horrorizada. ¡Y ni siquiera había comprendido el alcance del castigo! Lo descubrió cuando intentó articular palabra. No pudo decir nada. Hera rió con sorna y se marchó murmurando:

—¡Cállate para siempre, Eco!

Y los labios de Eco pronunciaron sin que ella lo pretendiera:

—Eco, Eco, Eco...

Y así nació el eco, que tomó el nombre de la desventurada ninfa. Sin embargo, aquél sólo fue el inicio de su desgracia, porque, por aquel entonces, todavía conservaba su cuerpo y no se había enamorado de Narciso.

La profecía de Tiresias

El joven Narciso era el hijo del río Cefiso y de la azulada ninfa Liríope. La relación de sus padres no fue ejemplar, porque su progenitor aprovechó que la ninfa se había quedado atrapada en sus meandros para hacerla prisionera. La consecuencia de ese episodio fue el nacimiento, nueve meses después, de Narciso, un niño que, al ver la luz, «ya era digno de ser amado».

Cuando el crío era todavía muy pequeño, el adivino ciego Tiresias viajaba por aquellos parajes. Liríope quiso saber si su hermoso hijo tendría una larga vida. Tiresias respondió:

—Sólo si no se conoce a sí mismo.

Como acostumbraba a pasar, nadie comprendió la profecía hasta que, para desgracia de Narciso, se hizo realidad.

Al cumplir los quince años, el joven era tan hermoso que enamoraba tanto a muchachos como a muchachas. A pesar de ser un tanto arrogante y soberbio, había algo en su persona que lo hacía irresistible. Tal vez su encanto radicara en que le resultaba

imposible sentir algo parecido a la pasión, ni siquiera podía comprenderla. Nunca había experimentado una emoción parecida.

No le importaba, pues, romper corazones, porque, hasta entonces, él había tenido una piedra en el sagrado lugar del amor.

El desgraciado encuentro entre Narciso y Eco

Eco lo vio por primera vez un día que él estaba espantando a los ciervos para que corrieran hacia las redes. La ninfa que, desde su encuentro con Hera se había refugiado en una cueva y vagaba sola por los bosques cumpliendo su condena, se enamoró de él al momento.

Desde entonces comenzó a seguirlo furtivamente. Cuanto más cerca estaba de Narciso, más ardía la llama de su pasión. ¡Cómo le habría gustado declararle su amor con las dulces palabras que antes empleaba y dirigirle tiernas súplicas para ganarse su corazón! Sin embargo, estaba obligada a esperar con paciencia a que las propias palabras de él sirvieran a sus objetivos.

Ese momento llegó un día en que Narciso había salido de cacería y se separó de sus compañeros. Perdido por completo gritó:

—¿Hay alguien?

Eco, que lo había seguido como siempre, repitió:

—Alguien.

Narciso miró en todas las direcciones buscando el origen de la voz. Como no lo veía, exclamó impaciente:

—¡Ven!

Eco repitió:

—¡Ven!

Y así mantuvieron un agotador intercambio llamándose el uno al otro. Cuando Narciso se cansó del juego, vociferó:

—¿Por qué huyes de mí?

En respuesta le llegó la voz emocionada de Eco. Como le resultó incomprensible, el bello joven finalmente dijo:

—¡Aquí! ¡Reunámonos!

Y Eco, feliz al oír esas palabras, repitió:

—Unámonos.

Y decidiendo dejar atrás su invisibilidad, salió del bosque y se lanzó a los brazos de su amado. Cuando él la vio, retrocedió y se deshizo del abrazo con brusquedad.

—¡Quita tus sucias manos de mí! ¡No vuelvas a tocarme! ¡Antes moriría que entregarme a una persona como tú!

Un puñal se hundió en el corazón de Eco. El dolor más lacerante la perforó hasta su misma esencia. La desgraciada ninfa lo miró con una profunda tristeza y se internó de nuevo en la espesura, llena de vergüenza y sufrimiento.

Desde aquel momento dejó de vagar por los bosques y se quedó en la cueva. Como si el dolor se fuera alimentando de su ser, la dulce Eco terminó por convertirse en una sombra. Primero, sus espléndidas mejillas comenzaron a perder el color y a demacrarse; después, la delgadez extrema se cebó en su piel y la arrugó hasta apenas cubrir el hueso. Con la pérdida de sus carnes se marchó su energía. Poco a poco su presencia se desvaneció hasta desaparecer. Permaneció, sin embargo, su voz. Desde entonces vive en muchos lugares y nadie la ve aunque todos la oyen.

El amor imposible

Igual que había despreciado el amor de Eco, Narciso desdeñó también el de muchas ninfas nacidas de las olas y de las montañas, y el de un sinfín de jóvenes que se enamoraban locamente de él. Un día, uno de los muchachos de los que se había burlado con crueldad elevó sus manos al cielo y, lleno de dolor y resentimiento, exclamó:

—Narciso no sabe lo que es el amor. Ni tampoco lo que es el dolor. Ojalá se enamorase perdidamente y nunca pudiera conseguir a su amado.

Dio la casualidad de que Némesis, la diosa de la venganza, oyó su petición y la encontró justa.

Unas jornadas después, Narciso se alejó mucho mientras cazaba. Era un día caluroso y sofocante y el joven sintió la necesidad de refrescarse y descansar. A lo lejos entrevió un

estanque que parecía poco frecuentado y de aguas claras.

Efectivamente, ni el barro de las ovejas que llegaban conducidas por los pastores había manchado jamás sus aguas transparentes, ni las ramas de los árboles habían dejado caer en ellas sus hojas otoñales, ni lo habían descubierto los pájaros o los animales salvajes. Sin sospechar nada, Narciso se dejó caer junto a la orilla y hundió una mano en el líquido. Mientras bebía, la corriente, que momentos antes se había agitado tan súbitamente, se calmó y, ante los ojos de Narciso, apareció el joven más bello que jamás hubiera imaginado.

Ante aquella visión, Narciso experimentó un sentimiento desconocido para él. Se le encogió el corazón hasta el punto del dolor y surgió la leve amenaza de un desmayo. Se había enamorado por primera vez. De forma fulminante. Quedó fascinado por los ojos brillantes como estrellas que le devolvían la mirada, los cabellos dignos de un dios, los labios carnosos, el cuello blanco como el marfil, la forma exquisita de la boca. Todo que lo veía en el rostro era admirable.

Así que para no perder su maravillosa visión, no se movió de la orilla y permaneció allí, con la mirada clavada en la imagen. El muy iluso creía que veía a otra persona, y no su propio reflejo en el agua.

Cuántas veces intentó besarlo y cuántas veces hundió sus brazos en el estanque para abrazar el ansiado cuello sin lograrlo. Quien había sido deseado por todos, deseaba, por fin. Quien había sido admirado por todos, admiraba por fin.

Morir de amor

Narciso permaneció allí, sin comer, sin dormir. Tendido sobre la hierba vivía pendiente de la intensa belleza que se ofrecía a sus ojos.

Desesperado, alzaba la vista hacia los árboles del bosque frondoso y lloriqueaba:

—¿Acaso algún amante ha sufrido más cruelmente que yo? Decidme, árboles que durante vuestras largas vidas habéis compartido los secretos de muchos enamorados, ¿es que alguna

vez habéis visto alguno que padezca tanto como yo, que veo al objeto de mi pasión pero no lo encuentro? Este poco de agua que nos separa se me antoja un abismo infranqueable.

Entonces miró de nuevo el reflejo del estanque y sollozó:

—¿Por qué me rehúyes? ¿Adónde vas cuando yo te busco? Miro tu rostro y sé que me amas. Tus ojos se llenan de lágrimas cuando yo lloro, tiendes los brazos hacia mí cada vez que yo lo hago, mueves los labios como si hablaras cuando te hablo, tu mirada está tan llena de desesperación como la mía...

Y en aquel momento, por fin, comprendió:

—¡Pero si soy yo! Ahora sé que sólo eres mi reflejo. Que ardo de amor por mí mismo. ¿Qué puedo hacer? ¡Ojalá pudiera separarme de mi cuerpo! ¡Qué horrible para un enamorado es desear que aquel al que ama se aleje de él!

El fin de la agonía

Pasaron los días y continuó junto a su reflejo. Cada vez estaba más débil. Con el corazón agotado, se dirigió a su imagen en el estanque:

—El dolor ya está acabando con mis fuerzas, no me queda mucho tiempo de vida. Moriré cuando todavía estoy en mi primera juventud, pero no me importa, porque así terminará mi agonía. Quisiera que tú vivieras más tiempo, pero los dos moriremos unidos en una sola alma.

Así habló mientras deliraba, sólo tuvo tiempo para mirar su rostro reflejado y sus lágrimas cayeron sobre la superficie del agua y la agitaron escamoteándole una vez más la visión.

Se apartó un momento de la orilla y cayó desmayado.

Cuando volvió en sí y se arrastró de nuevo hasta su amor, se dio cuenta de cuánto había cambiado. Sus mejillas pálidas ya no mostraban la tersura que todos admiraban, su persona tampoco desprendía el vigor y la fuerza que enamoraban a las ninfas. Nada quedaba ya del cuerpo que Eco había amado. Sin embargo, al verlo en ese estado deplorable, la ninfa se afligió mucho y permaneció a su lado.

Así, cuando el joven sollozaba:

—¡Ay! ¡Ay!

Eco lo repetía una y otra vez.

Y cuando Narciso, llevado por la desesperación, se azotaba el cuerpo con las manos, ella perpetuaba el sonido de sus golpes.

El joven dijo, mirando el agua por última vez:

—¡Ay, muchacho vanamente amado!

Y el lugar devolvió sus palabras.

Tuvo tiempo todavía de murmurar: «Adiós». Y Eco lo repitió con dulzura, como si fuera la brisa quien acompañara aquella palabra.

Extenuado, el joven dejó caer definitivamente su cabeza sobre la hierba verde y la noche se cerró sobre sus ojos.

Sin embargo, ni en el infierno dejó Narciso su maldición atrás. Allí permaneció por los tiempos de los tiempos, mirándose en las aguas estigias.

Las ninfas del agua, hermanas del muchacho, lloraron por él y se cortaron los cabellos para ofrecerlos en su entierro. Eco repitió sus llores. Con grandes lamentos prepararon una gran pira funeraria. Cuando fueron a recoger el cuerpo, con antorchas parpadeantes, descubrieron que ya no estaba. En su lugar había nacido una flor de corazón amarillo rodeado de pétalos blancos. Desde entonces, a esa flor se la conoce como «narciso».

5. FAETONTE, EL HIJO DEL SOL

El mito de Faetonte es una muestra de cómo los hijos no siempre pueden emular a sus progenitores, por mucho empeño que pongan en ello.

Faetonte descubre la identidad de su padre

Clímene siempre le había ocultado a su hijo, Faetonte, la identidad de su padre, pero cuando éste llegó a la adolescencia creyó oportuno revelarle tal secreto. Lo llamó y le dijo:

—Hijo mío, pronto serás un hombre y ya ha llegado el momento de que sepas que tu padre no es quien tú piensas, sino Helio, el Sol.

El muchacho, sorprendido por la noticia, decidió que debía conocer a su progenitor y partió hacia el Cielo, donde Helio tenía su residencia. Era tan grande el resplandor que despedía el Sol, que no le resultó difícil reconocerlo.

—Joven, ¿qué buscas en mi reino? —lo interrogó Helio.

—Clímene, mi madre, me ha hecho saber que eres mi auténtico padre.

—Es cierto. No te ha engañado.

—No es que dude de ello, pero ¿por qué no me concedes una prueba irrefutable de mi verdadero linaje?

—¿En qué has pensado? —le preguntó el Sol preocupado por el cariz que estaba tomando la conversación.

—Déjame conducir tu carro, aunque sólo sea una vez. Seguiré el mismo camino que tú recorres cada día por la bóveda celeste.

Helio intentó convencer a su vástago de que el trabajo que le pedía no era para mortales. Sin embargo, Faetonte se mostró tan obstinado que el Sol terminó por acceder a su petición. Antes de dejarlo partir, le hizo unas cuantas recomendaciones:

—Ten en cuenta que al inicio el camino es empinado; los caballos deben tirar con todas sus fuerzas y tú sostener las riendas con firmeza. No mires nunca hacia la Tierra; la altura te daría vértigo. Ten cuidado con las constelaciones; cualquier roce con una estrella incendiaría el carro. ¿Crees que podrás hacerlo?

Faetonte respondió afirmativamente a la pregunta de su padre y partió montado en el carro.

Faetonte parte con el carro solar

Al principio el muchacho no tuvo problemas para seguir el camino trazado en la bóveda celeste, pero en cuanto advirtieron su falta de pericia, los caballos decidieron abandonar la línea del firmamento. El carro solar descendió demasiado y por poco abrasa la Tierra. Luego, las monturas optaron por elevarse, pero se excedieron en el impulso y ascendieron tan alto que quemaron el Cielo y formaron la Vía Láctea.

Faetonte no sabía qué hacer. Oculto en el carro no se atrevía a mirar ni las tierras abrasadas, ni los océanos secos, ni ninguna de las desgracias que había causado con su atrevimiento.

Gea, la diosa de la Tierra, y Poseidón, el dios de los océanos, al ver lo que estaba sucediendo, se quejaron a Zeus. Para evitar una conflagración universal, el soberano del Olimpo fulminó a Faetonte con un rayo. Su cuerpo sin vida cayó como una estrella fugaz en el río Erídano. Sus hermanas, las Helíades, recogieron su cuerpo, le rindieron honores fúnebres y lo lloraron con lágrimas de ámbar hasta transformarse en álamos.

6. CASANDRA, LA PROFETISA MALDITA

La destrucción de la rica ciudad de Troya ya estaba decidida cuando comenzaron a desencadenarse los acontecimientos que la llevarían irremisiblemente a su perdición.

La hermosa Casandra, hija del rey Príamo, predijo su triste final. La desgarrada historia personal de Casandra, acentuada si cabe por el hecho de que nadie creía en sus vaticinios, acompaña la dramática crónica de la ciudad.

La numerosa descendencia del rey de Troya

El rey Príamo de Troya tuvo cincuenta vástagos, entre hijos e hijas. Su segunda esposa, Hécuba, le dio diecinueve hijos legítimos, muchos de los cuales pasaron a formar parte de la mitología. El resto, los engendró con sus concubinas. Con tanta descendencia, cuando estalló la guerra era raro el día que no asesinaban a uno u otro vástago.

Héctor, el primer hijo, fue uno de los grandes protagonistas de la confrontación. Era la mano derecha de su padre, un gran guerrero amado y respetado por su pueblo. Se había erigido en el defensor de la ciudad, de tal modo que Agamenón, jefe de los griegos, siempre pensó que Héctor debía morir antes de tomar la ciudad.

El nacimiento del segundo hijo de Príamo y Hécuba, Paris, fue muy controvertido debido a un sueño que había tenido la madre unos días antes. Soñó que daba a luz un haz de leña del cual salían retorciéndose innumerables serpientes de fuego. Despertó en plena noche gritando que la ciudad de Troya y los bosques del monte Ida estaban ardiendo.

Príamo, en cuanto se recuperó del susto, corrió a hablar con un adivino, que le anunció:

—El niño que está a punto de nacer será la ruina de nuestro país.

Príamo no se atrevió a matar al bebé cuando llegó al mundo. Le pareció más humano abandonarlo a su suerte en el monte. Sin embargo, en vez de recibir una muerte horrible, el pequeño fue hallado por unos pastores del propio Príamo, que se lo llevaron con ellos y lo criaron como a uno más. Sus padres, los reyes de Troya, pensaron que había perecido, y para no olvidarlo le dedicaron unos Juegos Fúnebres.

Y tras ese desgraciado episodio se dedicaron a procrear hasta llegar a los diecinueve vástagos que abrían este capítulo. Entre los últimos en nacer se encontraban los mellizos Casandra y Héleno. Crecieron en un clima de cierta desnaturalización parental, como se demostró el día que los padres celebraron un aniversario en el templo de Apolo. Los pequeños se habían quedado dormidos en un rincón, exhaustos después de tanto jugar, y sus progenitores los olvidaron allí. Éstos, tambaleándose por el efecto del vino, se fueron a su palacio a descansar.

A la mañana siguiente, cuando Hécuba los echó en falta se dirigió corriendo hacia el templo y llegó justo a tiempo para ver, horrorizada, cómo dos enormes serpientes lamían los oídos de los pequeños.

Asustadas por el grito de terror de la madre, las serpientes desaparecieron inmediatamente bajo unas hojas de laurel. Desde aquel momento, Casandra y Héleno poseyeron el don de la profecía.

Esta leyenda, sin embargo, no explica por qué la faceta de profetisa no fue un don para Casandra, sino una maldición. Cuando Casandra anunciaba que algo sucedería (aunque acostumbraba a tener un ciento por ciento de acierto), nadie le daba crédito.

Y con el tiempo tomó cuerpo el rumor de que una noche, cuando Casandra era muy joven, se había quedado dormida en el templo de Apolo. El dios se enamoró de ella y le imploró que fuera suya.

—A cambio te enseñaré el mágico arte de la profecía.

Esta oferta agradó a la graciosa Casandra, que asintió con una tímida sonrisa y dejó que Apolo se convirtiera en su maestro. Sin embargo, cuando el dios reclamó el pago de la lección solamente halló las lágrimas y las protestas de su joven pupila.

—Si no vas a ser mía, hermosa Casandra, deja por lo menos que bese tus labios desagradecidos.

La muchacha accedió, cerró los ojos e hizo un delicioso mohín esperando el beso. No obstante el dios ni siquiera rozó sus labios rojos como la sangre. Escupió en ellos y dijo:

—Tendrás el don de la profecía engañosamente obtenido, pero nadie te creerá.

Y desapareció.

La decisión de Paris

La mitología no desvela la razón por la que se decidió que Troya fuera destruida. Sin embargo, la decisión ya estaba tomada cuando, en la boda de Peleo y Tetis, Éride, la diosa de la discordia, arrojó una manzana de oro, en la que estaba escrito «Para la más bella», sobre la mesa del banquete.

Zeus no quiso intervenir en la disputa terrible que tuvo lugar entre las diosas Atenea, Hera y Afrodita para hacerse con el fruto. Prefirió delegar en un joven pastor, Paris, que no era otro que el hijo perdido de Príamo, rey de Troya.

Así que un día que el joven estaba cuidando sus rebaños, llegaron a su presencia Hermes, con la manzana en la mano, y las tres diosas aspirantes. El mensajero habló al sorprendidísimo pastor:

—Paris, Zeus te ordena que juzgues cuál de estas divinidades es la más bella y le entregues esta manzana.

El joven tomó el fruto, dubitativo, y respondió:

—¿Cómo puede un simple pastor como yo erigirse en árbitro de la belleza divina? Dividiré la manzana entre las tres.

—¡Imposible! Eso sería desobedecer a Zeus, que te ha ordenado que elijas.

—Entonces solamente quiero suplicar que las perdedoras no se ofendan conmigo. Sólo soy un ser humano y acostumbro a cometer errores.

Las diosas, dirigiéndose claras miradas de odio entre ellas, prometieron acatar su decisión y no tomar represalias (algo a todas luces imposible).

Hermes iba a desaparecer cuando Paris reclamó su atención:

—Una última cosa: ¿debo valorarlas con ropa o sin ropa?

Hermes sonrió.

—Tú decides las reglas del juego.

Evidentemente Paris prefirió que las ropas no interfirieran en su juicio, cosa que provocó el enfrentamiento de Hera y Atenea con Afrodita, ya que éstas reclamaban que la diosa del amor se despojara del ceñidor mágico que hacía que todos se enamoraran de quien lo llevara.

—Está bien —dijo Afrodita con rencor—. Lo haré con la condición de que Atenea se quite el yelmo. Está horrible sin él.

Las tres diosas, que, sin duda, eran bellísimas, combinaron sus encantos naturales con los intentos de soborno más tentadores. Así, Hera le prometió que si ella ganaba, Paris gobernaría toda Asia y sería el hombre más rico del mundo. Atenea no se quedó atrás al ofrecerle la victoria en todas las batallas, además de ser el más bello y el más sabio.

Sin embargo, Afrodita las superó a todas. Primero se acercó a él hasta el punto de turbarlo con su proximidad.

—Cuando te vi pensé que eras el joven más hermoso de Frigia. E inmediatamente vino a mi mente la duda de por qué pierdes el tiempo en este desierto al cuidado de un ganado torpe y lerdo. ¿Por qué no vas a una ciudad que sea digna de ti? ¿Por qué no te casas con una mujer como Helena de Esparta, que es tan bella como yo y no menos apasionada? Estoy segura de que, en cuanto te conozca, abandonará su hogar, su familia y sus riquezas para ser tu amante. Porque supongo que habrás oído hablar de Helena, ¿no?

—Nunca hasta ahora.

—Es hija de Zeus, nacida del huevo de un cisne y prodigiosamente bella. A día de hoy es la mujer más hermosa del mundo. Cuando llegó a la mayoría de edad, todos los príncipes

de Grecia la pretendieron. La obtuvo Menelao, hermano del poderoso rey Agamenón. Pero todo eso no sería obstáculo si tú la quisieras para ti.

—Y ¿cómo sería posible, si está casada?

—¡Qué inocente eres! Yo soy experta en esas lides. Tú sólo debes viajar a Esparta y yo conseguiré que Helena caiga rendida a tus pies.

Y así fue como Paris entregó la manzana de oro a Afrodita. Pero en el mismo instante en que el pastor se decidió por la diosa del amor incurrió en el odio de Hera y Atenea. Así configuró los dos bandos divinos que se enfrentarían en la guerra de Troya: Afrodita a favor de los troyanos; Hera y Atenea, de los griegos.

Los Juegos Fúnebres

Paris dio el primer paso hacia su nueva vida el día que los hombres del rey Príamo fueron a sus tierras para seleccionar el mejor toro del rebaño. El noble animal sería el premio de los Juegos Fúnebres que se celebraban en honor del segundo hijo del rey, muerto al nacer (es decir, el propio Paris).

Los hombres de Príamo eligieron el toro preferido del muchacho. Como Paris lo quería mucho, pensó que podría recuperarlo si se presentaba a los Juegos y los ganaba. Así que siguiendo un impulso irresistible, corrió hacia Troya, irrumpió en los Juegos y ganó todas las pruebas. Los habitantes de la ciudad aplaudían admirados cada nueva gesta del joven; el rey Príamo estaba entusiasmado; los hijos del monarca, furiosos. Habían sufrido en sus propias carnes la humillación de perder en todas las categorías. Se sentían muy heridos en su amor propio. El daño era irreparable. Así que, como es natural, decidieron matar al intruso.

Al pobre Paris no le quedó más remedio que echar a correr y refugiarse en el templo de Zeus. Allí se topó con su hermana Casandra que, pese a no haberlo visto nunca ni saber que no había muerto, lo reconoció.

La muchacha detuvo las armas de sus hermanos y salvó al joven, que fue conducido triunfalmente al palacio donde Príamo celebró su regreso con un gran banquete y sacrificios a los dioses.

Cassandra siguió a la comitiva con el corazón oprimido. Se preguntaba por qué, en vez de felicidad, un sentimiento cada vez más negro se iba apoderando de su corazón. A su alrededor sonaba la música de la fiesta y abundaban las muestras de regocijo, pero ella las sentía como un eco lejano. Una realidad mucho más oscura y aterradora le había sido revelada. De pronto gritó:

—¡Paris, hijo de Príamo, traerá la ruina a la ciudad!

Su padre no la creyó. Cada vez que su hija abría la boca en público sufría escalofríos.

Sin embargo, aquella vez los sacerdotes de Apolo secundaron la profecía de Cassandra afirmando que Paris debía ser ejecutado de inmediato pues, de otro modo, sería Troya la que desaparecería.

Cuando Príamo conoció la petición de los sacerdotes, exclamó consternado:

—Prefiero que caiga Troya a que muera mi extraordinario hijo.

Las verdaderas intenciones de Paris

Las piezas del rompecabezas que confirmaban la destrucción de Troya iban confluyendo lentamente.

El rey Príamo recordaba con amargura que, cuando destruyeron Troya hacía largo tiempo, su hermana Hesíone le había salvado la vida antes de ser entregada como botín a un caudillo griego. Príamo había reconstruido la ciudad y enviado algunos emisarios para recuperar a Hesíone de forma pacífica, pero la iniciativa no dio resultados. Ahora planeaba dirigir una expedición militar para rescatarla. El joven Paris se sintió entusiasmado ante la propuesta. Para sorpresa de todos, se presentó voluntario para encabezar la misión. Su padre aceptó al momento sin titubear. Ni siquiera las últimas palabras de su hijo lo hicieron sospechar:

—Tal vez no consiga traer de vuelta a Hesíone. Pero os aseguro que obtendré como rehén a una princesa griega de linaje semejante.

Por supuesto, su intención oculta era ir a Esparta para cobrar el premio que le había ofrecido Afrodita, la bella Helena.

Cuando las naves ya estaban a punto de partir, el rey Príamo tembló al ver a su hija Casandra, con la cabellera suelta agitada por el viento, correr hacia el embarcadero. Dio la orden de zarpar, y ya el barco se separaba de la tierra cuando ella gritó:

—¿Adónde vas, Paris? Vas a regresar con la guerra pisándote los talones. ¡Imprudente! No conoces cuán grandes son las llamas que encenderás más allá de estos mares.

La flota se hizo a la mar bajo tan malos presagios. Sin embargo, Afrodita envió un viento favorable y Paris atracó pronto en Esparta. El rey Menelao, esposo de Helena, acudió a recibirlo y lo agasajó como a un invitado de honor durante nueve días y nueve noches.

Paris tembló de emoción cuando conoció a la mujer que le estaba destinada. Las palabras de Afrodita le hacían honor, pero él la encontró mil veces más bella y más deseable. Jamás había visto una tez más suave, unos ojos más brillantes, unas manos más delicadas. Se sintió tan turbado que entregó con torpeza los regalos que había llevado para Helena. Ella sonrió con gracia, haciendo una leve reverencia, y se marchó a sus aposentos.

Los siguientes encuentros no fueron tan inocentes. Paris le dirigía miradas descaradas, suspiraba profundamente cuando ella estaba cerca de él y protagonizaba toda clase de atrevidas escenas de enamorado que la turbaban mucho. Un día incluso se atrevió a escribir con vino en la mesa «Te amo, Helena».

Helena, contra su voluntad, se sentía muy atraída por el joven desvergonzado. Sin embargo, la aterraba que Menelao pudiera sospechar que alentaba la pasión de Paris. Sus temores resultaron infundados, porque Menelao embarcó alegremente para Creta y le confió a su esposa el cuidado de los huéspedes y el gobierno del reino durante su ausencia.

Aquella misma noche, Helena se fugó con Paris. Pero no se fue con las manos vacías: además de a uno de sus hijos, se llevó a sus esclavas (entre ellas, dos antiguas reinas) y gran parte del tesoro de Menelao.

Cuando llegó a Troya, los ciudadanos la recibieron como a una diosa, cegados por su belleza divina. Toda la ciudad, y no solamente Paris, se enamoró de ella, y el rey Príamo juró que jamás la dejaría marchar.

Cassandra se acercó a Helena, muy agitada. Estaba pálida y temblorosa. Por primera vez se encontraron los ojos de las dos mujeres. Helena, asustada; Cassandra, llena de ira. Las palabras de la profetisa no se dirigieron a ella.

—Paris, tus actos conducen a Troya a su triste final. Robar la mujer más bella del mundo es la sentencia de muerte de la ciudad.

Nadie dio crédito a sus palabras.

Diez años de guerra y uno para morir

Cuando Paris decidió fugarse con Helena no era consciente de que el precio a pagar sería tan elevado. Otros secuestros célebres no habían tenido grandes consecuencias. Nada sucedió cuando los cretenses robaron a Europa a los fenicios. Ni cuando los argonautas se llevaron a Medea. Ni cuando los atenienses se apoderaron de Ariadna. Sin embargo, entonces era diferente. Los dioses tenían los ojos puestos en la Tierra. La vengativa Hera —una de las despechadas— mandó inmediatamente a Iris, la mensajera, a comunicar a Menelao, esposo de Helena, la noticia de la fuga. Y Menelao fue directo a Micenas para pedir a su hermano Agamenón que reclutase en seguida un ejército y lo condujese contra Troya.

Y con toda la flota griega anclada frente a las playas troyanas, Príamo continuó afirmando que jamás entregaría a Helena. Comenzó la guerra, que debía durar diez largos años y terminar en el año once con la desaparición de Troya.

Y fue en el undécimo año del conflicto cuando Troya recibió su primer golpe fatal. El guerrero Aquiles, loco de dolor por la muerte de su amigo Patroclo, se vengó hiriendo de muerte a

Héctor, el primer hijo de Príamo y gran defensor de la ciudad.

Aunque Aquiles negó a Héctor, moribundo, la posibilidad de ser enterrado y, posteriormente, se dedicó a maltratar el cadáver hasta escandalizar incluso a los dioses, al final cedió a las presiones y se lo entregó a los troyanos. No fue un acto gratuito ni altruista. Los conciudadanos de Héctor pagaron el peso del muerto en oro. Y, como el difunto era robusto, no bastó con todo el oro de la ciudad; una de las hijas de Príamo, la bella Políxena, cuando vio que faltaba el precioso metal, entregó los aros que adornaban sus brazos y su cuello para asegurar el rescate de su hermano. Ese sacrificio hizo que Aquiles se fijara en ella y la deseara para sí. Incluso después de su muerte.

Príamo regresó a Troya con el cadáver de su hijo en triste comitiva. Aunque los lloros y los gemidos del pequeño cortejo habrían conmovido todos los corazones, nadie los vio llegar. Sólo Casandra, que había sentido cómo su interior se desgarraba, acertó a mirar más allá de la muralla y ver el cuerpo de su hermano en el lecho improvisado que arrastraban las mulas. La joven profetisa sollozó:

—¡Venid, troyanos y troyanas! ¡Venid a ver el cadáver de Héctor, a quien tantas veces recibisteis con alegría cuando regresaba del combate!

Y de las casas y las tabernas salieron todos los troyanos para recibir al héroe que tanto habían amado. Tan grande fue el bullicio que se produjo durante los funerales de Héctor, con los troyanos lamentándose y los griegos gritando y silbando para que no se oyeran los cantos fúnebres, que las aves que volaban sobre ellos caían aturcidas por el ruido.

La caída de Troya llegaba al final de su cuenta atrás. La muerte de Aquiles a manos de Paris dio un pequeño respiro que pronto se mostraría insuficiente, porque los griegos, en aquellos momentos, ya tenían la fuerza necesaria como para destruir la ciudad.

El caballo de Troya

Un amanecer los exploradores troyanos llegaron con la sorprendente noticia de que el campamento griego había sido incendiado y reducido a cenizas, y de que su ejército se había marchado dejando un gigantesco caballo de madera en la playa.

Príamo y los pocos hijos que seguían vivos, además del resto de los troyanos, salieron para comprobarlo y se quedaron contemplándolo con estupor.

El troyano Timetes fue el primero en romper el silencio:

—Este caballo es un regalo para Atenea. Propongo que lo introduzcamos en Troya y lo subamos a la ciudadela.

—¡No estoy de acuerdo! —exclamó Capis—. Yo lo quemaría inmediatamente o abriría su vientre para ver qué contiene. La diosa Atenea siempre ha favorecido a los griegos. ¿Qué os hace pensar que ahora desea nuestro bien?

Pero Príamo ya estaba decidido:

—Timetes tiene razón. Lo llevaremos a la ciudad.

En aquel momento llegó el adivino Laocoonte, seguido de una gran multitud. Desde lejos ya se oían sus aullidos:

—¿Qué increíble locura es ésta? ¿Quién puede pensar en meter ese monstruo en nuestra ciudad? O ese armazón de madera oculta gente o ha sido fabricado para dañar nuestros muros. ¡Troyanos, no creáis en el caballo! Sea lo que sea, temo a los griegos hasta en sus ofrendas.

Y, acabadas esas palabras, arrojó con brío una enorme lanza contra el vientre de la bestia que, al clavarse en la madera, provocó un profundo gemido en su interior. Sin embargo, sordos a lo que no querían oír, los troyanos continuaron mirando con buenos ojos al caballo. Preferían creer a aquellos que decían que los griegos habían construido una ofrenda tan gigantesca para asegurarse de que era imposible hacerla entrar en la ciudad.

De repente, dos enormes serpientes surgieron del mar con gran estruendo. Tenían los ojos inyectados en sangre y rabiosos de fuego. Entre las sibilantes fauces exhibían las lenguas vibrantes. La gente hizo amago de huir, presa del pánico. No obstante, los áspides fueron directos hacia el adivino Laocoonte.

Antes de llegar a él, se cebaron con sus hijos, arrancándoles a dentelladas los delicados miembros. Como Laocoonte se lanzó a defenderlos, se apoderaron de su vigoroso cuerpo y comenzaron a estrujarlo con fuerza. El adivino forcejeaba, impotente, chorreando sangre y negro veneno, mientras elevaba al cielo horrendas súplicas. De nada le sirvieron. Habiéndolo asesinado, las dos serpientes escaparon hacia el templo de Atenea y se refugiaron bajo el redondo escudo de la diosa.

Aquel terrible suceso acabó de convencer a los troyanos de que Laocoonte había decretado su perdición al ultrajar la imagen sagrada de madera lanzando contra ella su arma.

Las voces de los troyanos se convirtieron en un clamor. Todos querían llevar la ofrenda gigante al templo e implorar el favor de la deidad ofendida.

Como el caballo no entraba por las puertas de la muralla, hicieron una brecha en ella. Abrieron la ciudad al monstruo y arrastraron con grandísimo esfuerzo el caballo hasta el corazón mismo de Troya. Lo rodeaban niños bailando y doncellas que entonaban cánticos sagrados.

Durante el trayecto, el armatoste se encalló cuatro veces y, en las cuatro, resonó en su interior el crujido de las armas. Los troyanos permanecieron, sin embargo, sordos y ciegos a la realidad.

Cuando, ya al límite de las fuerzas, consiguieron que la ofrenda llegara a la ciudadela, Príamo deseó por un momento que se lo tragara la tierra. Allí estaba Casandra, con la cabellera al aire:

—El vientre del caballo está lleno de hombres armados. ¡No lo dejéis entrar!

Pero el caballo entró.

El fin de Troya

Cuando cayó el día, los troyanos, agotados y con demasiado vino corriendo por sus venas, se sumieron en un profundo letargo. No les resultó nada difícil a los guerreros saltar del caballo de madera y abrir las puertas de la ciudad al ejército griego que ya esperaba.

Aquella noche fue la del horror, porque los griegos no esperaron la respuesta a su ataque, sino que entraron en las casas donde dormían los troyanos e iniciaron la matanza. Sembraron las calles de cadáveres. Por todas partes se oían lamentos y gritos de horror. Por todas partes la muerte se cebaba en los troyanos.

Casandra corrió al templo de Atenea para buscar protección. Allí la encontró el guerrero griego *Áyax el Locrio*. En el momento en que Casandra lo vio entrar, el más hondo terror se apoderó de ella. La joven se abalanzó sobre la escultura de madera de Atenea y le suplicó ayuda. Amarrada a la escultura sintió cómo el guerrero se acercaba y cómo sus manos fuertes la asían sin compasión. Permaneció agarrada a Atenea con todas sus fuerzas, y ésta comenzó a balancearse. Casandra gritó y otras personas, que también habían entrado en el templo, chillaron de horror. La imagen de la diosa miraba al cielo como si clamase auxilio.

De inmediato, Agamenón reclamó a la hermosa Casandra como recompensa particular por su propio valor en la batalla. Algunas malas lenguas dicen que Odiseo, servicialmente, hizo correr el rumor de que Áyax había violado a Casandra en el interior del templo y que, a causa de ello, la imagen de Atenea tenía los ojos vueltos hacia el cielo, llenos de vergüenza por lo que acababa de presenciar. Fue así como Casandra se convirtió en el premio del cabecilla de los griegos, mientras que Áyax se granjeaba el odio de todos los guerreros.

Tras la matanza, el ejército de Agamenón saqueó e incendió la que había sido la rica y hermosa ciudad de Troya. Los soldados se repartieron el botín, arrasaron las murallas y ofrecieron holocaustos a los dioses.

Justo antes de embarcar, fue necesario discutir el destino de Políxena, la hermana de Casandra, que había completado con sus pulseras de oro el rescate del cuerpo de Héctor. Antes de morir, el griego Aquiles había pedido que la enterraran con él. Así que se hizo necesario matarla. Agamenón se opuso alegando que ya

se había derramado demasiada sangre, pero los guerreros se enfurecieron pensando que solamente quería complacer a Casandra y comenzaron a gritar:

—¿Qué merece más respeto, la espada de Aquiles o el lecho de Casandra?

Y Políxena fue sacrificada al fantasma de Aquiles.

La muerte de Casandra

Agamenón no sabía que la sombra de la muerte se cernía sobre él. Sin duda había olvidado que, después de que lapidaran injustamente a Palamedes, el padre del joven había llegado a Troya para reclamar justicia. No la obtuvo. Así que planeó una oscura venganza. Se dedicó a recorrer los países de los príncipes que habían participado en el asesinato y les dijo a sus esposas:

—Tu marido va a regresar trayendo consigo una concubina troyana como nueva reina.

Algunas de ellas se suicidaron directamente, otras prefirieron buscarse amantes. Y otras incluso decidieron asesinar a sus maridos en cuanto llegaran. En este último grupo se contaba Clitemnestra, la esposa de Agamenón. Cuando Egisto —que también tenía muchas razones para acabar con Agamenón— sospechó que Clitemnestra buscaba un amante, corrió a presentarse voluntario y fue aceptado. Y juntos se dispusieron a esperarlo.

Clitemnestra tenía pocos motivos para amar a Agamenón: el que en aquel momento era su marido la había hecho viuda con sus propias manos, había asesinado al hijo recién nacido que estaba amamantando, se había casado con ella por la fuerza y, en plena aventura hacia Troya, se había llevado a su hija Ifigenia con engaños y autorizado su sacrificio en Aúlida. Era lógico, pues, que lo odiara con todas sus fuerzas.

De manera que Clitemnestra ideó, junto con Egisto, un plan para acabar con Agamenón y Casandra en cuanto pisaran tierra. Así, cuando su esposo encendió el faro del monte Ida anunciando el fin de la guerra de Troya, una serie de hogueras fueron iluminándose en cadena y transmitieron la señal hasta Micenas. El vigía que permanecía apostado en el techo del palacio de

Agamenón corrió raudo para avisar a Clitemnestra. Se había pasado el último año apoyado sobre los codos, lleno de tristes presentimientos; su corazón saltaba de júbilo por la pronta llegada del rey.

Inmediatamente, Egisto seleccionó a veinte guerreros para que se emboscaran dentro de palacio, ordenó preparar un gran banquete, y después se fue montado en su carro para dar la bienvenida a Agamenón. Clitemnestra se arregló con sus mejores galas y esperó impaciente a su marido, que llegaría agotado del viaje.

En el barco, antes de llegar a puerto, Casandra había palidecido de repente y había comenzado a gritar y a sollozar. Agamenón necesitó ayuda para detener la histeria y las convulsiones de la muchacha.

—¿Qué te ocurre, Casandra?

—¡No voy a ir a tu palacio! ¡Huele a sangre! ¡La maldición de Tiestes pende sobre el comedor!

Agamenón la observó contrariado:

—Estoy demasiado cansado para escucharte o para creerte. Si no te apetece venir, quédate en el barco.

Y se marchó. Casandra cayó al suelo sollozando y gritó a un Agamenón que ya no la oía:

—Y a mí me espera la muerte a manos de la espada de dos filos.

Pero Agamenón ya entraba en el palacio y una esposa atenta y feliz lo recibía. Ni siquiera le echó en cara la muerte de su hija Ifigenia. Debería de haber sospechado; sin embargo, estaba demasiado cansado.

Permitió que fuera ella quien lo condujera hasta la magnífica bañera plateada llena de agua humeante donde unas esclavas lo esperaban para agasajarlo.

Agamenón se sintió muy contento de haber regresado por fin. Entre los vapores del baño veía a las mujeres ultimar los detalles de un suntuoso banquete. Dejó que el hambre lo tentara y se sorprendió al ver como Clitemnestra avanzaba hacia él para acogerlo en una sedosa toalla.

No obstante, debajo de la toalla había una malla tejida por ella misma, que no tenía aperturas ni en el cuello ni en los brazos, con la que lo cazó como si fuera un pez. Y así, Agamenón quedó a merced de su enemigo, Egisto, que se complació hundiendo en su pecho la espada de doble filo. Cayó Agamenón dentro de la bañera plateada de la que apenas había salido. Y allí lo esperaba Clitemnestra para decapitarlo con una hacha. No cerró los párpados ni la boca de su marido muerto, sino que, con el mayor desprecio, se limpió la sangre que la había salpicado con la propia cabellera del cadáver.

Después, como una furia, se lanzó hacia el barco donde la esperaba la aterrada Casandra. Atravesó las estancias de palacio donde se libraba una feroz batalla entre la guardia de Agamenón y la escuadrilla emboscada de Egisto. Los guerreros de ambos bandos caían sobre las mesas repletas de espléndidos manjares que nunca serían degustados. Los hombres de Egisto acabarían por ganar. Y, mientras eso sucedía, la última profecía de Casandra se cumplió.

7. HERMAFRODITO, EL DIOS DE LOS DOS SEXOS

Todo el mundo sabe qué significa el término «hermafrodita», pero lo que quizá no sepa la mayoría es cómo el personaje mitológico de Hermafrodito consiguió aunar los dos sexos.

Hermafrodito rechaza a Sálmacis

Hermafrodito era hijo de Hermes y Afrodita, de cuyos nombres surge el suyo. Era hermoso como pocos. Las ninfas lo criaron en los bosques del Ida, en Frigia. Cuando cumplió quince años abandonó los montes donde había crecido y decidió conocer mundo. Disfrutó explorando nuevos lugares y descubriendo nuevos parajes.

Un día llegó a un lago de aguas relucientes. La ninfa del lugar, Sálmacis, que casualmente en aquel momento estaba recogiendo flores, al ver a aquel muchacho, sintió que la pasión la desbordaba y deseó poseerlo. Se peinó el cabello, se vistió con un atrevido velo transparente y se dirigió a Hermafrodito con estas palabras:

—Joven, tu belleza es digna de los dioses. ¿No serás acaso uno de ellos? ¡Afortunada será la mujer que elijas por esposa! Si quieres yo puedo serlo, y si no amémonos furtivamente.

El hijo de Hermes y Afrodita se ruborizó, pues aún no sabía qué era el amor. Mientras tanto, la ninfa insistía:

—Dame un beso, aunque sólo sea de hermanos. Deja que te acaricie la melena con mis finos dedos.

La paciencia del muchacho llegó a su fin, así que amenazó a Sálmacis con irse para siempre del lugar. Para evitar la huida de su amado, la ninfa fingió resignarse y se adentró en un bosquecillo cercano.

Hermafrodito y Sálmacis se unen en un solo cuerpo

Cuando perdió de vista a la ninfa, Hermafrodito entró lentamente en el lago y se mojó las plantas de los pies. La temperatura del agua era tan agradable que decidió bañarse desnudo.

Sálmacis, que estaba oculta observándolo, sentía cómo la pasión la carcomía por dentro. Ardiente de deseo se lanzó al agua también sin ropa y, nadando, alcanzó al muchacho. Le robaba besos, le acariciaba la cara, lo abrazaba como si se tratara de una serpiente..., pero él seguía resistiéndose.

Ante el rechazo, la ninfa alzó un ruego al Olimpo:

—Dioses, haced que nunca llegue el día en que dejemos de estar unidos, como si fuéramos un único cuerpo.

Las divinidades del Olimpo escucharon sus súplicas y fundieron ambos cuerpos en uno solo, pero dotado de ambos sexos. Desde entonces los seres cuya naturaleza es masculina y femenina a la vez reciben el nombre de «hermafroditas».

8. EL REY MIDAS

El verdadero rey Midas fue el que puso la ciudad de Frigia, de Asia Menor, en el mapa durante un breve período de tiempo. Tal fue el esplendor que vivió Frigia en el siglo VIII a. J.C., que los griegos se fijaron en su rey y lo incluyeron en la mitología. Sin embargo, no debieron de sentir demasiada simpatía por él, porque lo convirtieron en un avaro y un obtuso.

El deseo del rey Midas

Una noche, el pequeño Midas estaba durmiendo plácidamente en su habitación cuando, de repente, ésta se llenó de hormigas que avanzaron hacia él y depositaron algunas espigas de trigo dentro de su boca.

Su madre, al verlo, retrocedió horrorizada. Sin embargo, una sirvienta muy anciana la tomó del brazo y le dijo con una sonrisa misteriosa:

—No debes preocuparte, ama. Esas espigas simbolizan que un día tu hijo será el más rico de los mortales.

Y la afirmación comenzó a cumplirse el día en que el dios Dioniso echó de menos a su querido tutor, Sileno. Dioniso había abandonado el territorio de Tracia para ir hasta sus viñedos en el monte Tmolos, junto al río Pactolo, que todavía no era dorado y al que todavía nadie admiraba por sus brillantes arenas. Lo acompañaba su alegre cortejo de sátiros y bacantes, y el dios se sintió inquieto cuando supo que hacía varios días que nadie tenía noticias de Sileno.

Su tutor, tambaleándose por el peso del vino (aunque también por el de la edad), había caído inconsciente en medio de los célebres jardines de rosas del rey Midas.

Cuando los campesinos frigios lo descubrieron en pleno coma etílico y lo llevaron ante el rey envuelto en guirnaldas de flores, Midas lo reconoció en seguida. Era uno de sus compañeros de culto en los ritos orgiásticos. ¡Juntos habían vivido momentos de embriaguez muy intensos! Tan grande fue su alegría que decidió celebrar la presencia de tan querido huésped durante diez días con sus noches.

Sileno, el sátiro, era muy sabio, pero muy avaro en prodigarse. Así que Midas, para conseguir tirarle de la lengua, le sirvió vino mezclado con agua y, cuando le hizo efecto, le preguntó:

—Dime, sabio Sileno, ¿cuál es el mayor bien que le puede suceder a un hombre?

Probablemente, el rey pensaba que el sátiro le hablaría de la riqueza, porque ésa era la principal obsesión de Midas. Sin embargo, Sileno lo miró con fijeza y le dijo:

—No haber nacido. Y, de haber ocurrido, morir lo antes posible.

En tan gran armonía y placidez pasaron los diez días, tras los cuales el rey Midas acompañó al sátiro personalmente hasta el cortejo de Dioniso. El joven dios se sintió muy feliz de recuperar a su tutor, y agradeció a Midas las atenciones que había tenido con él concediéndole el terrible poder de elegir su propia recompensa.

Midas, haciendo gala de su avaricia, dijo:

—Deseo que todo aquello que toque se convierta en oro.

Dioniso frunció el cejo, porque al momento vio que se trataba de un gran error.

—¿Estás seguro?

—Nunca he estado más convencido de nada.

—Pues que así sea.

Y Dioniso le concedió el don sintiendo que Midas no le hubiese pedido algo mejor.

Un don envenenado

El rey Midas marchó feliz por su recompensa. Tocando una cosa tras otra, puso a prueba la veracidad de la promesa de Dioniso.

Rozó la rama verde de un olmo y, al momento, la convirtió en oro. Tomó una piedra negra del suelo, y ésta palideció hasta brillar dorada. Se sentó en un tocón del camino que se transformó inmediatamente en una masa maciza de oro. Imaginaba el mundo del color de ese metal y se sentía radiante. Cogió una manzana y, cuando refulgió al sol, bromeó con sus cortesanos:

—Tal cual fuera del jardín de las Hespérides.

Refiriéndose, ni más ni menos, a las famosas manzanas de oro que regalaron a la diosa Hera cuando se casó con Zeus.

Entonces se refrescó en el río y de sus manos comenzaron a surgir partículas doradas que brillaban con tal intensidad que siguió ironizando:

—Ni Dánae se lo hubiera creído.

Todos los cortesanos reían con él. Y el rey Midas no podía contener su emoción. Lagrimones de avaricia brotaban de sus ojos.

Cuando llegó a su palacio había dejado un rastro de oro por todo el camino. Hambriento y feliz, se sentó a la mesa dispuesto a celebrar su gran suerte con un banquete apropiado para la ocasión.

Sin embargo, en cuanto tocó el pan, éste se convirtió en oro. Y, cuando intentó hincar los dientes en un tierno pedazo de carne, ésta se recubrió inmediatamente del precioso metal. Y el vino, mezclado con agua, comenzó a flotar en su boca convertido en oro líquido.

Con un alarido de terror, se dio cuenta de su desgracia. De cuán rico y cuán pobre era a la vez. De repente odió todo aquello que siempre había deseado y se sintió impaciente por escapar de su infeliz riqueza. La abundancia no apaciguaba su apetito creciente y su garganta ardía a causa de la sed.

Enloquecido por completo, alzó los brazos hacia el cielo y sollozó:

—Perdóname, Dioniso. Disculpa mi error. Ten piedad, te lo suplico. Y líbrame del don que yo mismo te pedí y tú me concediste generosamente.

Dioniso se sintió benévolo y cumplió la petición del rey Midas diciéndole:

—Debes encaminarte hacia el río Pactolo, que corre junto al monte Tmolos. Sube hasta su nacimiento, yendo en dirección contraria a la corriente, y, cuando llegues a la fuente que lo ve nacer, sumerge la cabeza en su agua espumosa, allí donde mana con más abundancia, y lava a la vez tu cuerpo y tu culpa.

Así lo hizo el rey Midas, y el oro que había cubierto su cuerpo pasó a la corriente y, desde entonces, se encuentran pepitas de ese precioso metal en las aguas del río Pactolo.

Midas, más pobre, pero igual de obtuso

Tras esa experiencia, el rey Midas aborreció la riqueza y se marchó al bosque para vivir humildemente en una cueva. Sin embargo, continuaba siendo tan obtuso como antes y pronto se vio perjudicado de nuevo por sus ocurrencias.

Se dio el caso de que el dios Pan, que vagaba por aquellos parajes, ofreció un pequeño concierto con su flauta de cañas rugosas que entusiasmó a las ninfas del lugar. Todas aplaudieron a rabiar, y ello dio pie a que el dios Pan se sintiera tan orgulloso que afirmó:

—Esto es música, mi bella concurrencia. Ya quisiera el buen Apolo que el tañer de su lira pudiera compararse al de mi flauta divina.

Como no podía ser de otra manera, el dios de la música se sintió ofendido en extremo y retó a Pan a competir con él para ver quién era más virtuoso. El juez sería el monte Tmolos, cuya pendiente altísima y escarpada mira al mar.

Lentamente, el anciano Tmolos tomó asiento en su propia montaña y liberó sus oídos de árboles. Su azulada cabellera quedó ceñida tan sólo por algunas ramas de encina y por las bellotas que colgaban alegremente de sus cóncavas sienes. Cuando se hubo acomodado, proceso que hizo vibrar toda la Tierra y que requirió larga espera, Tmolos dijo con su voz ronca y profunda:

—El juez está listo.

Pan comenzó a soplar en las agrestes cañas y una melodía primitiva y fascinante surgió de su instrumento. Midas, que, por casualidad y para su desgracia, pasaba por allí, gritó de entusiasmo.

Cuando Pan terminó, el sagrado Tmolo volvió su rostro hacia Apolo; fue como si el bosque entero se volviera con su mirada. Otra vez sintieron todos cómo la Tierra crujía bajo sus pies y todo temblaba.

El dios, con su larga cabellera negra coronada de laurel, permanecía en pie. Su manto púrpura se movía suavemente con la brisa. En una mano sostenía la lira incrustada de gemas y marfil de la India y en la otra el plectro.

En el mismo momento que comenzó a tañer las cuerdas del instrumento, toda actividad animal y vegetal cesó, tal era la fuerza y la belleza de su melodía. El juez Tmolo, cautivado por aquella música, ordenó de inmediato al dios Pan que sometiera la flauta a la lira.

Todos aceptaron la decisión excepto una persona, el rey Midas, que protestó muy enojado porque consideraba que era injusta.

Apolo, que no quería que nada empañase su clara victoria, le dijo a Midas:

—Desde ahora tendrás unas orejas a la medida de tu inteligencia.

Y mirando con sumo desdén al pobre tontorrón, hizo que sus orejas perdieran su forma humana, se estiraran en el aire, se llenaran de un vello blanquecino y tuvieran una base móvil que permitiera agitarlas. En otras palabras, las convirtió en las de un asno.

Desde entonces, el rey Midas se vio obligado a ocultar sus alterados miembros tras las bandas que caen a los lados de las mitras frigias, el sombrero típico de la nobleza de su tierra.

El secreto del rey Midas

Pero cuando la cabellera le creció tanto que ya no le cabía en el sombrero, Midas recurrió a un peluquero. Bajo graves amenazas, se aseguró de que el pobre hombre no revelara su secreto.

Sin embargo, el peluquero era de natural chismoso y le encantaba propagar rumores. El secreto del rey Midas le quemaba en los labios de tal manera que no podía resistirse. Así que se alejó del palacio, cavó un agujero en la tierra, puso la cabeza dentro y susurró:

—El rey Midas tiene orejas de asno.

Lo que no sabía el peluquero era que la Tierra tampoco sabe guardar secretos. De modo que, cuando, al cabo de un tiempo, nacieron algunas cañas en aquel lugar, cada vez que el viento las agitaba murmuraban:

—El rey Midas tiene orejas de asno.

Y así fue como el secreto del rey llegó a todos los rincones de la región.

9. ADONIS, EL BELLO

Posiblemente la belleza sea un don, pero en ocasiones es una fuente de preocupaciones. Si ya es problemático despertar el deseo de dos mujeres rivales, imaginaos cómo debe de ser que dos diosas te deseen ardientemente y no tengan intención alguna de compartirte.

El nacimiento de Adonis

Teias, el rey de Siria, tenía una hija llamada Mirra. La madre de la criatura, Cencreis, estaba tan orgullosa de la belleza de la joven que había llegado a afirmar que era más hermosa que la mismísima Afrodita. Como es normal, esas palabras no fueron del agrado de la diosa. Para vengarse, ésta inspiró en la muchacha una irrefrenable pasión hacia su progenitor.

La chica, al darse cuenta de que su amor no estaba permitido, decidió suicidarse. En el último momento, su nodriza impidió que llevara a cabo lo que había planeado y le reveló la manera de hacer realidad sus deseos. Durante doce noches se unió carnalmente con su padre, pero en el transcurso de la última de ellas, Teias se dio cuenta de lo que sucedía y atacó a su hija con una espada. Mirra, asustada, suplicó la intervención de los dioses, quienes la transformaron en el árbol de la mirra.

Nueve meses después, la corteza del árbol, que había ido hinchándose poco a poco, se levantó y de ella salió un niño que recibió el nombre de Adonis. Afrodita, conmovida por la hermosura sin par del bebé, lo recogió y se lo entregó, no sin antes decirle que regresaría para recuperarlo, a Perséfone, la diosa del infierno, para que lo criara.

Afrodita y Perséfone se disputan a Adonis

Con el paso del tiempo, Afrodita decidió que ya había llegado el momento de que el joven viviera con ella y le reclamó a Perséfone que le devolviera a Adonis. En contra de lo que esperaba, aquella diosa del infierno puso reparos:

—Adonis se quedará aquí conmigo —dijo Perséfone desafiante.

—Ése no era el acuerdo. Ya te avisé de que volvería a por él.

—Lo siento, pero me he enamorado del muchacho.

Como la discusión parecía interminable, decidieron que Zeus interviniera en el asunto. Después de escuchar los argumentos de cada una, el dios dictaminó lo siguiente:

—El muchacho pasará un tercio del año con Afrodita y otro con Perséfone, en el infierno.

—¿Y el otro tercio con quién estará? —preguntaron las dos al unísono.

—Con quien él desee. Es libre de hacer lo que quiera durante ese tiempo —sentenció Zeus.

Como después se supo, Adonis decidió quedarse los cuatro meses restantes junto a Afrodita; de algo tenía que servirle a ésta ser la divinidad del amor.

La dicha de la diosa llegó a su fin un día en que Adonis fue a cazar. Después de herir con su lanza un ejemplar enorme de jabalí, el joven se dispuso a rematar la bestia con su espada sin darse cuenta de que el animal lo embestía ferozmente. El muchacho quedó malherido sobre la hierba. Avisada por los criados, Afrodita pudo consolarlo en su regazo antes de ver cómo moría.

10. PIGMALIÓN, EL ENAMORADO DE SU PROPIA OBRA

La historia de Pigmalión nos permite creer que siempre podremos encontrar nuestra media naranja perfecta y, si no es así, crearla.

Pigmalión no encuentra a su mujer perfecta

Pigmalión era el soberano de Chipre, pero no era capaz de dar con una reina para su ciudad: en todas las mujeres, por muy bellas e inteligentes que fueran, encontraba defectos.

Como talento no le faltaba, un día talló una escultura de marfil con tal perfección que se quedó prendado de su propia obra. Las formas femeninas de la estatua podían competir con las de la más preciosa de las mortales, e incluso vencerlas, pues carecían de las imperfecciones que la naturaleza dibuja en las mujeres de carne y hueso. La miraba y no dejaba de sorprenderse:

—Estos ojos almendrados, estos labios entreabiertos, esta cadera... qué daría por verla moverse llena de vida. No hay una mujer igual en todo mi reino, qué digo, ¡en toda la Tierra! —susurraba para sí.

Sentía una pasión tan absorbente por su obra que no podía contenerse y la besaba, la abrazaba e incluso le compraba vestidos y alhajas. Cuando llegó el día de la fiesta de Afrodita, la más celebrada en todo Chipre, Pigmalión, tras cumplir con los ritos de cada año, suplicó ante el altar:

—Oh, dioses, si pudierais hacer que la muchacha de marfil cobrara vida y se casara conmigo os estaría agradecido por siempre.

Afroditá oyó el ruego. Cuando Pigmalión regresó a su casa fue al encuentro de su amada y la besó en los labios. Le pareció que estaban tibios. Volvió a besarla, mientras con la mano le acariciaba un pecho. Sus manos se hundieron en el marfil ablandado. El rey estaba aturdido; no se creía lo que estaba pasando. Negaba una y otra vez con la cabeza. Decidió tomarla entre sus brazos y, para su sorpresa, notó cómo el corazón le palpitaba. Se separó de ella y constató que su amada ya no era una estatua, sino una mujer de carne y hueso.

11. SÍSIFO, EL ASTUTO

A Sísifo se le atribuye la fundación de la ciudad de Corinto; sin embargo, es conocido por un motivo bien diferente: por ser el más astuto de los mortales y también el menos escrupuloso.

El rebaño de Sísifo

Sísifo tenía un rebaño que era la envidia de todo el mundo, pero desde hacía un tiempo cada día disminuía de tamaño, mientras que el de su vecino, Autólico, era cada vez más numeroso. A pesar de sus sospechas, Sísifo no sabía cómo demostrar los robos, ya que el dios Hermes le había concedido a su hijo Autólico el don de convertir los toros en vacas y de cambiar su color de blanco a rojo.

Después de cavilar diferentes estratagemas, supo que había encontrado el modo de sacar a la luz los hurtos de manera irrefutable: grabó en las pezuñas de sus animales «robado por Autólico» y esperó unos días para ir al encuentro de su vecino.

Ante las negaciones y los reproches de Autólico, Sísifo le mostró lo que había escrito y la discusión quedó zanjada. El vecino se sintió tan admirado por la sagacidad de nuestro héroe que le entregó a su hija Anticlea con la esperanza de tener un nieto tan listo como Sísifo. Sus deseos fueron atendidos, pues de la unión nació Odiseo.

Más astuto que los mismísimos dioses

Un día que Sísifo estaba en su palacio, vio cómo una águila, mayor que cualquier otra que hubiera observado jamás, llevaba entre sus garras a una joven doncella. El ave era Zeus, quien, arrastrado por la lujuria, había raptado a la hermosa Egina, hija de Asopo, dios del río del mismo nombre.

Cuando Asopo llegó a la ciudad le pidió a Sísifo que le revelara el nombre del raptor de su hija. Sísifo accedió a condición de que la divinidad hiciera brotar un manantial en su ciudad. El dios cumplió su parte del trato y Sísifo no tuvo más remedio que informarle de que el soberano de los dioses era el causante de sus males. Para evitar que Asopo lo atrapara, Zeus se transformó en una roca.

Tras despistar a su perseguidor, Zeus, colérico, envió a Tánato, la personificación de la muerte, a matar a su delator, pero una vez más el ingenio le fue de gran ayuda a Sísifo. Cuando Tánato iba a ponerle las manillas para llevárselo consigo, lo interrogó con malicia:

—¿Para qué sirven estos objetos metálicos?

—Son unas esposas y sirven para encadenar a los presos.

—Por favor, ¿me haces una demostración de cómo funcionan?

Tánato se colocó las manillas y Sísifo no desaprovechó la oportunidad para salir huyendo. Por ese motivo, durante un tiempo ningún humano murió. Fue necesaria la intervención de Zeus, que obligó a Sísifo a liberar a Tánato, para que éste siguiera cumpliendo con su funesta misión. Como no podía ser de otra manera, la primera de sus víctimas fue el propio Sísifo.

El descenso a los infiernos

A pesar de todo, las argucias de Sísifo todavía no habían terminado, pues guardaba un as en la manga. Sabedor de su futuro, dio instrucciones a su esposa Mérope para que una vez muerto no lo enterrara. Al llegar al infierno, Hades, el dios de los muertos, le preguntó por esa irregularidad:

—¿Por qué no te presentas ante mí como el resto de mortales?

—Ésa era mi intención, pero mi mujer no cumplió con mis ruegos y por su culpa me encuentro así. Te ruego que me permitas volver al mundo superior para asegurarme de que se me tributan los honores fúnebres.

—De acuerdo, pero debes hacerlo antes de que transcurran tres días.

En cuanto Sísifo se vio otra vez en la Tierra, se olvidó de su promesa y vivió durante muchos años. Pero finalmente la muerte también lo alcanzó y Hades, para impedirle una nueva evasión de su reino, le impuso una pena que no le dejaría tiempo ni fuerzas para intentar la huida: debía cargar con una enorme roca, del mismo tamaño que aquella en que se había transformado Zeus para huir de Asopo, hasta la cima de una montaña y soltarla cuesta abajo por la otra ladera. El castigo aún perdura, pues, cada vez que está a punto de llegar a lo más alto, el peso del bloque se hace tan insoportable que no puede con él y no tiene más remedio que dejarlo caer rodando hasta el mismo punto de partida.

12. ... Y LA PROPINA. CUPIDO Y PSIQUE

Ésta es la historia de Cupido y Psique. La plasmó el escritor romano Apuleyo en su libro *El asno de oro* o *Las metamorfosis*. Apuleyo narraba las venturas y desventuras del joven Lucio, convertido en asno a causa de su temeraria afición a la magia. Atrapado en el cuerpo del animal, pero comprendiendo todo lo que sucedía a su alrededor, Lucio fue a parar al servicio de unos ladrones.

Aquellos malvados malhechores raptaron a una joven doncella la misma noche de su boda. Como la muchacha no dejaba de llorar, la vieja cocinera de la banda intentó distraerla contándole una historia. Lucio, en su apariencia de asno, sólo lamentaba no tener papel y tinta para anotar tan bello relato.

El mito de Cupido y Psique no lo escribieron los griegos, sino los romanos. Éstos habían adaptado hábilmente todos los dioses griegos a su mitología cambiándoles tan sólo los nombres. En esta historia hemos utilizado, pues, los nombres romanos. Así, el Zeus griego es Júpiter; Juno corresponde a Hera, la esposa de Zeus; Venus es Afrodita, la diosa del amor; Cupido es Eros, el dios del amor; Ceres es Démeter, diosa de la fertilidad de la tierra; Proserpina es Perséfone, la diosa del infierno; Plutón es Hades, dios del infierno; Mercurio es Hermes, el dios mensajero.

La desdichada Psique

Existió una vez una lejana ciudad gobernada por un rey y una reina. Por aquel entonces, todavía se sentían muy felices porque habían tenido tres hijas de gran hermosura. Las dos primeras eran preciosas, pero la tercera era tan inconmensurablemente hermosa que sería imposible hallar palabras que describieran su belleza.

Tan espectacular era que muchos pensaron que la propia Venus había tomado forma humana y vivía en la Tierra. Como la fama de su hermosura saltó pueblos y fronteras, las gentes comenzaron a dirigirse a aquella lejana ciudad para admirar a la muchacha y ofrecerle regalos como si de una diosa se tratara. La primera consecuencia de la brillante iniciativa fue que los templos dedicados a la verdadera diosa de la belleza comenzaron a decaer, sus estatuas se convirtieron en soportes para las telas de las arañas y sus altares quedaron sucios de cenizas frías que recordaban que, en tiempos pasados, habían rebasado llenos de ofrendas.

La segunda consecuencia fue la ira de la diosa Venus, que no era en absoluto recomendable para la salud.

—¿Cómo puede ser que yo, la diosa del amor, me vea vilipendiada e insultada de una forma tan humillante por una simple mortal? Una mujerzuela ha robado mi identidad y ha copiado mi gesto. Olvida, sin duda, que un pastor me prefirió a las diosas más hermosas en un juicio que validó el propio Júpiter. Pero yo haré que se arrepienta de su hermosura ilícita.

Llegado este punto comenzó a llamar a gritos a su hijo Cupido. El joven dios del amor llegó visiblemente alarmado. Cuando Venus lo vio entrar, sintió un estremecimiento de placer, como siempre solía sucederle, orgullosa de haber dado a luz a un ser tan incomparablemente bello.

La sola mención de Cupido acostumbraba a provocar estremecimientos de otra índole en dioses y humanos. El joven, mimado y protegido por su madre, era el verdadero terror del Cielo y la Tierra. Armado con un arco y sus flechas, tenía sus propias reglas de juego. Así, lanzaba sus saetas de amor y desamor a capricho, de forma que provocaba los enamoramientos más ridículos y destruía las relaciones más duraderas.

Venus lo tomó de la mano y, prácticamente, lo arrastró hasta donde estaba Psique mientras encendía su corazón contra la doncella.

—Quiero que esa mujer sea el botín de un hombre de baja estofa, sin patrimonio ni salud. El hombre más feo del mundo. Exijo que se revuelque con él en la miseria.

Cupido posó su mirada sobre la preciosa Psique que, ajena al destino que se le preparaba, estaba ocupadísima mirando una araña, que sabiendo a su víctima atrapada en su red, se precipitaba hacia ella sin compasión.

Tras hablar con su hijo, Venus lo besó rápidamente y se marchó con aire gracioso hacia el mar, donde las ninfas ya la esperaban.

La profecía del oráculo de Apolo

Pocas personas suponían que tras el rostro perfecto de Psique se ocultaba una gran tristeza. Todos la observaban, la alababan, le ofrecían presentes, la admiraban..., pero nadie, de sangre real o plebeya, había osado pedir su mano. Su hermosura casi divina hacía que la gente se aproximase a ella con la reverencia que uno profesa a una escultura prodigiosamente tallada, y Psique se sentía aprisionada en una belleza que no había elegido.

Sus dos hermanas se habían desposado con reyes de otras ciudades y vivían en tierras lejanas. Sin embargo, Psique continuaba llorando su soledad en la casa paterna y, aunque todavía era virgen, llevaba la vida de una viuda.

El padre, que sospechaba que tras todo aquel asunto se ocultaba alguna oscura intervención de los dioses, viajó hasta el antiguo oráculo del dios Apolo y con ofrendas y sacrificios suplicó que se le concediese un marido a su desdichada hija.

El augur respondió:

—Viste a tu hija de novia, llévala hasta el risco más alto y abandónala allí. No esperes tener yerno mortal, sino divino. Un dios fiero, cruel y venenoso como una serpiente. Un ser terrible cuyas flechas doblegan las voluntades. Todos los dioses lo temen; incluso Júpiter, dios de dioses, lo respeta.

Horrorizados, los reyes se dispusieron a cumplir lo que había mandado el oráculo. Prepararon la triste boda de Psique y, aunque la vistieron de novia, todo a su alrededor recordaba un entierro. Encendieron hachas negras. La música de los instrumentos destilaba pena y amargura. Las canciones alegres

sonaban como himnos de luto. Y la doncella que iba a ser desposada se secaba las lágrimas con el velo de novia. Todo el pueblo, en lúgubre comitiva, acompañaba a la desdichada.

Sus padres la tomaron entre sus brazos y se resistían a romper el abrazo. Psique les recriminó entre lágrimas:

—¿Por qué lloráis ahora? ¿Por qué os arrancáis las vestiduras como muestra de dolor por mí ahora? ¿Por qué ensuciáis con lágrimas inútiles esos rostros amados que yo siempre he honrado? Éste es el precio que pago por mi hermosura y por vuestra vanidad. ¿Por qué aceptasteis que las gentes me dedicaran honores divinos? ¿Por qué consentisteis que me llamaran «la Venus nacida en la Tierra»? Fue entonces cuando debisteis sollozar. Fue entonces cuando debisteis daros cuenta de que podía tenerme por muerta. Ahora lo veo. El nombre de Venus ha sido mi ruina.

Y como fuera que sus padres, en vez de escucharla, incrementaron la intensidad de los llantos y la fuerza del abrazo, se desprendió de ellos y se dirigió sola hacia el risco. Las gentes se separaron para abrirle camino, admiradas por su paso decidido.

Psique dijo en voz alta y orgullosa:

—Dejadme, pues, en lo alto del risco que Apolo eligió para mi desgracia. Quiero terminar de una vez con esta boda maldita y conocer, por fin, a quien se ha atrevido a desposarme.

La ira la tornó aún más bella. Y la última imagen que se llevaron todos los asistentes fue la de su silueta perfecta iluminada con suavidad por los rayos del sol naciente y la de sus cabellos rebeldes agitados por el viento.

Allí la dejaron, y también olvidaron las hachas de la boda, que habían ardido durante la triste procesión y que habían sido apagadas con lágrimas. Los padres, rotos por el dolor, una vez que llegaron a su palacio, cerraron puertas y ventanas y permanecieron en tinieblas, incapaces de soportar aquella pérdida.

Cuando Psique se supo sola, toda la fuerza y la arrogancia la abandonaron y se rindió a las lágrimas y al desánimo. Se dejó caer en el suelo y se sumió en tal estado de agitación que apenas se dio cuenta de que el suave viento del cierzo la tomaba en su regazo y la llevaba por los aires hasta depositarla, con la mayor delicadeza, en un prado verde. Para entonces ya estaba dormida.

Al abrir los ojos tras un largo descanso, su corazón se alegró ante lo que veía. Nada de riscos desnudos ni de procesiones fantasmagóricas. La rodeaban las flores y los árboles, y la música que oía no era la propia de un funeral, sino el alegre entrechocar del agua del río con las piedras de su lecho.

A lo lejos, la muchacha divisó un enorme palacio. Un edificio que no parecía construido por mano humana, sino divina. Se detuvo extasiada ante sus puertas, decoradas con figuras que daban la sensación de arremeter contra los intrusos. Pero no contra ella. Al percibir su presencia, los goznes giraron como si unas manos invisibles empujaran. Una fragancia exquisita le dio la bienvenida, y el eco de unas voces lejanas la impulsó a entrar.

Las estancias se sucedían una tras otra, a cual más singular y sorprendente. El paseo le brindó una exhibición de los más bellos materiales, unidos a los colores más afortunados y a un gusto exquisito en la decoración. Psique avanzaba extasiada, sin osar siquiera rozar aquellos tesoros que no tenían una llave que los custodiara.

De repente, el eco de bienvenida que la había acompañado todo el tiempo se convirtió en una voz dulce que le susurró al oído:

—¿Por qué te asusta la riqueza? No tiembles como una hoja, bellísima Psique, porque todo lo que ves es tuyo. No dudes en tumbarte en un lecho si te sientes fatigada, no tardes en pedir un baño si deseas borrar de tu rostro memorable las huellas que dejaron las lágrimas, no aplaces el momento de comer...

Y como se notó cansada de nuevo, un magnífico lecho apareció ante sus ojos y de nuevo cayó profundamente dormida. Cuando despertó, las voces la ayudaron a asearse y, al salir del baño, ya la esperaba una mesa servida con los más soberbios manjares.

Los platos eran tan espléndidos que, en su visión, se importunaban los unos a los otros. Era difícil elegir entre lo conocido y lo desconocido, porque todo se hacía irresistible, primero a la vista y después al paladar.

Pese a todo, Psique prácticamente no probó bocado. Las voces que la acompañaban en todo momento lamentaron sin malicia tener una comensal tan poco agradecida. Psique sonrió y, al momento, alguien comenzó a tañer un laúd y entonó la canción más dulce y conmovedora que la joven hubiera oído nunca.

Psique se sentía bien acogida y arrullada por aquellos ecos sin cuerpo que se desvivían por su bienestar. Sin embargo, la noche se acercaba y una insidiosa angustia había comenzado a crecer en su pecho. Intuía que llegaba el momento de conocer a su marido.

Sobre su lecho vio un delicado camisón de novia. Psique acarició la tela y se la acercó al rostro. ¡Qué suavidad! ¡Qué aroma desprendía! La prenda le quedaba como una segunda piel. La joven dio pequeños saltitos de placer cuando el espejo le devolvió su imagen.

El tiempo de espera se hizo eterno. No podía conciliar el sueño y vio cómo la luz iba palideciendo hasta desaparecer, como si el Sol se hubiera puesto dentro de la habitación. Psique permaneció en silencio, inmóvil, oyendo solamente el latido inquieto de su corazón.

Cuando ya estaba todo sumido en las tinieblas, sintió una presencia junto a sí. Una respiración que le rozaba la oreja y le acariciaba los cabellos. Se estremeció y, al punto, una mano protectora se posó sobre la suya. Psique no sintió miedo. Al contrario, estrechó con fuerza los dedos que se le ofrecían y con su otra mano buscó el rostro de su compañero. Demasiado tarde, porque ya otros labios tocaban los suyos. Y ella los recibió gustosa.

Antes de que fuera de día, el que ya era su marido desapareció. Psique no había contemplado aquel rostro que ya amaba. No importaba. Estaba perdidamente enamorada de su

amante secreto. Solamente con pensar en su voz, se arrebolaba y el recuerdo de sus caricias la hacía temblar de placer.

Sabía que el día sería un largo sufrimiento, una espera insoportable antes de volver a estar en sus brazos. Las horas pasarían lentas y tediosas hasta que llegara de nuevo la noche.

A aquel día lo sucedió otra noche de amor, y una nueva jornada de soledad, y una nueva noche de placer..., hasta que aquello se convirtió en la dulce rutina de su vida.

Entre ambos sólo había un obstáculo, una sombra: la prohibición expresa de que Psique intentase ver la apariencia física de su marido con sus ojos humanos.

Las hermanas de Psique

Muy lejos de allí, sus padres no conseguían superar la ausencia de la bella joven. Tan grande era su desesperación que, al cabo de pocos días, habían perdido la juventud y las ganas de vivir. Las hermanas de Psique, alarmadas, abandonaron durante algún tiempo sus casas y a sus maridos y fueron a visitarlos para darles consuelo.

La misma noche en que las hermanas pusieron los pies en casa de sus padres, el marido de Psique habló seriamente con ella:

—Escúchame bien, amor mío. La cruel Fortuna ha decidido ponerte a prueba y temo por ti. Deberás ser muy fuerte.

Psique se incorporó asustada.

—Tus hermanas, convencidas de tu muerte, han decidido subir hasta el risco donde desapareciste. Si, por causalidad, oyeses sus voces y su llanto, no les des respuesta ni mires hacia allí.

Psique prometió no prestarles atención. Sin embargo, en el mismo instante en que se quedó sola, las lágrimas acudieron a sus ojos y ya no la abandonaron en toda la jornada. Aquel día no comió ni descansó. De repente, el palacio maravilloso se le antojaba una cárcel de oro, y las voces sin cuerpo súbitamente se convirtieron en sus guardianas.

Por la noche su marido llegó más temprano que otras veces. Se acercó al lecho y la abrazó tiernamente:

—Psique, ¿es esto lo que me prometiste? ¿Llorar todo el día? No quiero saberte así, amor mío. Si recuperar a tus hermanas te devuelve la sonrisa, tráelas aquí, dales las joyas y el oro que desees. Pero no olvides que seguir su voluntad puede hacerte daño. Y recuerda que debes guardar nuestro secreto.

Psique no preguntó el significado de sus misteriosas palabras, sino que esbozó una tímida sonrisa y sus lágrimas desaparecieron como por arte de magia.

Cuando llegó el alba, él se marchó. Psique permaneció en el palacio, esperando con emoción. Tal como había predicho su amado, sus hermanas se encaminaron al risco donde la habían visto por última vez y comenzaron a llorar y a proferir grandes aullidos entre los que se distinguía perfectamente el nombre de su hermana perdida. Los gritos eran tan atronadores que la propia Psique salió del palacio temblando y murmuró:

—¿Por qué lloráis si estoy viva? Dejad de sollozar si podéis abrazar y hablar a quien estáis doliendo.

Entonces llamó al viento del cierzo y éste fue a buscar a sus hermanas y las depositó suavemente ante ella. Las dos muchachas se asustaron mucho cuando sintieron que las alzaban en el aire. Permanecieron unidas hasta que tocaron el suelo y, aun así, necesitaron dar unos golpes sobre la tierra firme para asegurarse de su solidez. Entonces vieron a Psique y las tres se abrazaron mezclando lágrimas de alegría y dolor.

Sin embargo, todo el contento y toda la felicidad que sintieron al recuperar a su hermana se fueron desvaneciendo paulatinamente conforme Psique, con inocente ilusión, les mostraba el hermoso palacio, las hacía bañarse con los perfumes más delicados y les presentaba la mesa con los manjares más exquisitos que jamás hubieran probado. Las voces sin cuerpo las atendieron con la misma solicitud con que cuidaban a Psique y, al acabar el banquete, las deleitaron con un concierto sublime.

Entonces llegó el momento de las confidencias. Nuestra protagonista no se había mostrado especialmente comunicativa cuando sus hermanas le habían preguntado sobre su marido. Así que éstas, convencidas de que les ocultaba algo, comenzaron a insistir. Psique dijo sin gran convencimiento:

—Es muy joven y muy hermoso. Ni siquiera tiene barba. No ha podido estar con nosotras porque lo reclamaban los numerosos menesteres del campo y de la caza.

—¿Muy joven? ¿Muy hermoso? Qué parca eres en detalles, hermana. Vamos, háblanos más sobre él.

Psique, sintiéndose acorralada, las cargó de joyas y regalos y mandó llamar al viento del cierzo para que se las llevara.

Preparando la traición

Durante el trayecto de vuelta las hermanas no hablaron. Se mantuvieron más pensativas de lo que cabía esperar y, al llegar al risco, la hiel que había llenado sus corazones estalló. Precisamente, la que más había llorado y más había estrechado entre sus brazos a la hermosa Psique fue la que vertió el veneno que llevaba en su corazón con mayor saña:

—¡La Fortuna es malvada y cruel! ¿Por qué siendo hijas del mismo padre y la misma madre tenemos vidas tan diferentes? Nosotras, que somos mayores, somos esclavas de horribles maridos y vivimos desterradas y lejos de nuestros progenitores. Y la última en nacer, la que llegó cuando nuestra madre ya estaba harta de parir, ¿qué derecho tiene a poseer riquezas sin número y a un dios por marido?

—Y, si encima es tan hermoso como ella misma ha dicho, no puede existir una mujer más feliz en el mundo.

—Y, si es dios, incluso puede que acabe convirtiéndola en diosa.

Sus miradas se encontraron, llenas de odio. La mayor confesó:

—A mí me casaron con un hombre que tenía más años que mi padre, sin un solo pelo en la cabeza y más flaco que un niño. Y lo peor es que tiene la casa cerrada a cal y canto.

La mediana la miró significativamente.

—Ya que te has sincerado conmigo, yo también lo haré contigo. Mi marido sufre gota en tal extremo que anda replegado sobre sí mismo y tiene los dedos torcidos por el dolor. Yo paso la mayor parte de mis días haciéndole friegas en las manos y en los dedos endurecidos como piedras. Sus medicinas hediondas y sus

paños y cataplasmas sucios han quemado mis manos, que antes eran delicadas. Y lo cierto es que me siento más criada que mujer.

—Vaya, no hablaste así la última vez que nos vimos.

—Olvídalo. Tú tampoco dijiste que estuvieras casada con un avaro. Pero vayamos al tema que nos ocupa. Me resulta imposible soportar que una persona tan indigna como Psique haya sido bendecida con tanta felicidad. ¿Recuerdas con cuánta soberbia y arrogancia se ha ensañado con nosotras? ¿Cómo se ha comportado como una gran señora y cómo su corazón estaba hinchado de orgullo? ¿Y que, cuando le ha parecido, nos ha alcanzado unas baratijas y nos ha echado a lomos de su viento del cierzo?

Y mientras decía esas palabras, observaba con codicia las alhajas que, en realidad, sumaban un pequeño tesoro. Su hermana también las apretó contra su pecho.

—Te diré una cosa: no me tendré por mujer si no consigo que pierda sus riquezas. Si estás de acuerdo...

La otra asintió con convencimiento.

—... propongo que ocultemos las joyas y que no le expliquemos a nadie nuestros descubrimientos sobre Psique. Volvamos con nuestros maridos y a nuestras pobres haciendas.

—Pobres, pero buenas y honestas.

—Cuánta razón tienes... Y nos reuniremos de nuevo cuando tengamos un plan para castigar su soberbia.

Este mal consejo pareció bien a la otra hermana y, una vez ocultas las joyas, desgredaron sus cabellos, llenaron sus ojos de lágrimas y refrescaron su dolor...

El desliz de Psique

El marido de Psique volvió a advertirla sin resultado:

—¿No ves que la Fortuna te conduce al peligro? Aquellas lobs que se llaman hermanas tuyas sólo quieren tu mal. Intentarán persuadirte para que me traiciones y descubras mi rostro. Y piensa que si lo haces nunca volverás a verme. Te pido encarecidamente que cuando regresen aquellas malas brujas armadas con sus malignos corazones no hables con ellas. Piensa

que tu vientre casi niño ya lleva otro ser dentro. Si eres capaz de conservar nuestro secreto, te prometo que esa criatura será divina, pero si lo descubres será mortal.

Psique saltó de sorpresa. ¡Un hijo! Su corazón dio un vuelco y, de pronto, se sintió inmensamente feliz y, olvidando las duras palabras de su marido, se abalanzó sobre él y lo llenó de besos y más besos.

Pasaron los días y Psique seguía llena de dicha por su embarazo. Cada día observaba maravillada cómo su cuerpo cambiaba y cómo su vientre iba llenándose de vida. Contaba con ansia los días y los meses, cuándo entraban y cuándo salían.

Sin embargo, una nube se cernía sobre su futuro y, a pesar de las advertencias de su marido, ella no quería verla. Aquellas furias espantables y pestíferas buscaban el momento para lanzar su veneno de víboras. El marido volvió a hablar con ella:

—Tus malvadas hermanas vienen prestas a acabar contigo. Lucha por ti, por mí y por nuestro hijo. No dejes que esas mujeres engañosas y falsas te confundan con sus palabras. Piensa que sienten un odio mortal hacia ti y que han roto el vínculo familiar que tenían contigo. No las recibas, no las escuches. Ignóralas cuando vayan a llorar al risco. Te tentarán como lo hacen las sirenas del mar. Ten en cuenta que harán resonar todos los montes y valles con sus voces y llantos.

Los ojos de Psique se llenaron de lágrimas, como cada vez que él se dirigía a ella de aquella forma.

—Amor mío, permite que vengan mis hermanas. Yo sé que te equivocas con ellas. Deja que mi soledad se consuele con sus rostros amados. Amor mío, qué daría yo por contemplar tu cara, que debe de ser maravillosa; sólo espero que pueda adivinarla en la faz del niño que llevo en el vientre. Te amo como nunca he amado ni supe que se podía amar. Te suplico por tus cabellos largos y fragantes, por el amor que te tengo, por tu rostro que sólo he acariciado, que permitas que regresen de nuevo.

Con esas palabras dulces, vertiendo lágrimas y limpiándolas con sus cabellos, Psique volvió a vencer las resistencias de su esposo otra vez.

A la mañana siguiente las dos arpías llegaron guiadas por sus malos propósitos. Atracaron sus naves en el puerto y se lanzaron hacia el risco sin siquiera visitar a sus padres, todavía dolientes por la desaparición de Psique.

Cuando llegaron a la cima no esperaron a que el viento las izase. Su ansia era tal que se precipitaron al vacío confiadas en que el cierzo las recibiría en sus alas. Éste siguiendo las órdenes de su amo, las tomó y las depositó suavemente en el suelo.

Las dos hermanas corrieron hacia el palacio de Psique y abrazaron con gélida calidez a la que querían perder. Sólo cuando vieron el vientre abultado de la muchacha se les atragantaron las palabras, ya que ninguna de ellas había sido bendecida con descendencia.

—Hermana, ya no eres la niña que recordábamos. Ahora serás madre. ¡Qué bienaventuradas nos sentimos!

Y, aunque la voz se les rompió a causa de la rabia y de la frustración, Psique pensó que las traicionaba la emoción.

Y las hermanas se aprovecharon de ello. Se tomaron su tiempo para asegurarse la jugada. Con su amor fingido comenzaron a doblegar sutilmente la voluntad de la joven. Con palabras suaves y engañosas, con gran disimulo, le fueron preguntando sobre su marido. Psique, confiada y olvidando las constantes advertencias del dios, contestó:

—Es un gran mercader, con una vida muy atareada a causa de su negocio.

—No, no... Psique... Nosotras queremos saber cómo es...

La pequeña Psique sonrió con expresión soñadora:

—Es hermoso y un poco mayor. Ha llegado ya a la mitad de su vida y sus cabellos han comenzado a blanquearse.

Las hermanas se miraron durante un momento. ¡Por fin! Psique se había traicionado. Allí estaba el talón de Aquiles de su relación. Relamiéndose como hienas, se apresuraron a despedirse, no sin antes abrazarla mil veces y mentirle vilmente sobre lo felices que se sentirían sus padres al enterarse del aumento de la familia.

Pero cuando llegaron al risco ya no pudieron contener su negra satisfacción:

—¿Qué me dices de las mentiras de esa miserable? Una vez afirmó que su marido era un joven al que las barbas solamente le apuntaban. Y hoy ya tiene canas. ¿Quién puede ser aquel que en tan poco tiempo pasa de la juventud a la vejez? Está claro que esa mala mujer o nos engaña o no tiene idea de quién es su marido.

—¡Si llega a alumbrar al pequeño dios que lleva en su vientre, yo me ahorco!

—No te preocupes, hermana. La muy tonta nos ha proporcionado el puñal que clavaremos en su vida.

Y así, inflamadas de odio, se dirigieron a casa de sus padres y los saludaron de mala gana. En sus pensamientos sólo entraba el triunfo próximo sobre su desgraciada hermana. Aquella noche no fueron capaces de conciliar el sueño. Tal era la ansiedad que las consumía.

La trampa

Al amanecer corrieron hacia el risco y, con la ayuda del viento del cierzo, volaron al palacio de Psique. Como tenían los ojos enrojecidos y aspecto desolado, su hermana menor les preguntó angustiada qué les sucedía:

—¡Oh, hermana! ¿Cómo darte tan malas noticias en tu estado?

—Tú piensas que eres afortunada, pero no sabes que vives en peligro de muerte.

Psique retrocedió horrorizada.

—Nosotras, que sólo pensamos en tu bien, hemos sabido que tu marido no es quien piensas.

—En realidad es una serpiente enorme y venenosa.

Al pensamiento de la futura madre acudió la maldición del oráculo. Y como si sus hermanas le hubieran leído el pensamiento:

—¿Recuerdas, Psique, las palabras del vaticinio de Apolo? ¿Que estabas destinada a casarte con una cruel bestia? Los labradores de los alrededores juran haber visto una temible serpiente pasearse por la tarde en el lago. Nosotras pensamos

que el monstruo tiene el objetivo de engordarte con tantos manjares para que cuando, en tu preñez, estés más llena, seais su primer plato. Tú y tu amado hijo.

Psique se llevó las manos al vientre temblando de horror. En su juvenil inocencia había creído a pies juntillas las palabras de sus hermanas. Ellas reforzaron el efecto abrazándola con torpeza y mirándose con perversas expresiones de triunfo. Suavemente le susurraron en los oídos:

—Debes decidir, Psique. O crees a tus hermanas, que se desviven por ti, o mueres enterrada en las entrañas de esa terrible serpiente.

A aquellas alturas, Psique ya había olvidado todas las advertencias de su marido y les confesó su gran secreto: que nunca había visto su rostro.

—Solamente oigo su voz, y me espanta diciendo que no he de verlo nunca porque, si lo hiciera, sería duramente castigada. Ayudadme, por favor.

¡Habían vencido! Era el momento que las dos brujas esperaban para desenvainar sus espadas malignas:

—Hemos pensado mucho en el peligro que corres y en cómo podíamos ayudarte. Tenemos un plan para ti. Esta noche ocultarás esta navaja bien afilada y un candil lleno de aceite. Cuando venga la serpiente, compórtate como todos los días y espera a que se duerma. Coge entonces la lámpara, alúmbralo, toma el cuchillo... Y córtale la cabeza.

Y puso en manos de Psique el arma afilada. La joven tuvo un sobresalto. La otra hermana se apresuró a tranquilizarla cerrando sus dedos en torno a la empuñadura de la daga.

—No pienses que te faltará nuestra colaboración. Nosotras estaremos en casa de nuestros padres esperándote con ansia. Así que, cuando con su muerte hayas garantizado tu vida, hazte con todos los sirvientes y todas las riquezas y te casaremos con un hombre humano, ya que tú eres una mortal.

Y, a continuación, temiendo que en algún momento su negra saña pudiera volverse contra ellas, se marcharon velozmente, acomodadas en el viento de siempre. Una vez llegadas al risco,

pusieron pies en polvorosa lo más rápido que pudieron. Entraron en sus naves y se fueron hacia sus tierras.

Psique se quedó sola, sintiéndose misérrima. Lloraba mientras su corazón latía como un barco vapuleado en el mar durante la tormenta. Dudaba entre cumplir el plan y olvidarlo. El corazón se le partía al pensar que, de un mismo cuerpo, odiaba a la serpiente y amaba al marido.

El descubrimiento de Psique

Aquella misma noche, en el momento en que sintió que la respiración de su marido cambiaba al entrar en las profundidades del sueño, se preparó para cumplir el plan. El miedo que sentía la habría paralizado en cualquier otro instante de su vida. Sin embargo, la cruel Fortuna animó su mano a tomar el candil y prenderlo y a alzar la navaja que debía acabar con su dulce guardián.

Pero cuando se dio la vuelta lentamente, ante sus ojos apareció la imagen del ser más alejado de un monstruo. Dormido entre las sábanas estaba el bellísimo dios del amor, Cupido. Psique cayó de rodillas junto a él y, cuanto más observaba la cara divina de su amado, más placer sentía. Casi con reverencia acarició la piel, entre blanca y sonrosada, que ella sabía suave como el melocotón. Sus cabellos de oro, esparcidos en desorden sobre la almohada, resplandecían más que el Sol y vencían en ardor incluso a la titilante luz del candil. La respiración tranquila del dios agitaba sus alas con gracia. Sus manos, con los dedos entreabiertos, parecían tan delicadas como las de un recién nacido.

Psique se levantó y comenzó a rodear despacio el lecho, conmovida ante la bella imagen que se le ofrecía. Así era Cupido, hermoso en todo, como correspondía al hijo de la diosa Venus, que lo parió sin arrepentirse de ello.

Llegó junto a las armas del dios y tomó una de sus saetas. Sintió curiosidad por saber si estaba realmente afilada y, tontamente, la rozó con la punta de su dedo de tal manera que se hizo una pequeña herida. En seguida Psique cayó bajo la influencia de la flecha del amor. Su cerebro se nubló y olvidó que

su felicidad pendía de un tenue hilo. Sólo atenta a la oleada de pasión que la embargaba, comenzó a besar a su amado con gran placer. Ni siquiera recordaba que llevaba el candil en la mano. Así que tampoco se apercibió de que una gota de aceite hirviendo caía sobre el hombro derecho de Cupido.

El dios despertó con un grito de dolor. Saltó de la cama llevándose la mano a la quemadura y, al ver a Psique con la lámpara en la mano, se dio cuenta de que la muchacha lo había traicionado.

Tomó sus armas y emprendió el vuelo, dispuesto a marcharse para siempre. Pero Psique fue más rápida que él y consiguió abrazarlo. Cupido se elevó con su esposa asida al cuello. Ella gritaba entre sollozos:

—¡Te amo! ¡Te amo! ¡Perdón! ¡No me abandones! ¡No continuaré viviendo sin ti!

Y, mientras intentaba salvar su amor, la joven se iba deslizando por el cuerpo de su amado. Se habían elevado y volaban a gran altura cuando Psique no pudo resistir más y cayó al vacío. Como Cupido no la quería mal, hizo que la copa de un árbol la acogiera para que no se dañara.

Entonces se acercó y la increpó duramente:

—Oh, Psique, mujer simple. Yo desobedecí las órdenes de mi madre, Venus, que me ordenó casarte con un hombre del más bajo linaje. Me enamoré de ti y te tomé por esposa. Te advertí que te guardaras del mal que te acechaba. Pero hiciste caso a tus malas consejeras, que pagarán bien cara la trampa que te tendieron. Y tú serás castigada con mi ausencia.

Y tras pronunciar esas palabras, se elevó y desapareció en el cielo. Psique vio, impotente, cómo la figura amada se marchaba para siempre.

La venganza

Cuando Psique se dio cuenta de que lo había perdido, enloqueció de dolor y se arrojó al río para morir ahogada. Sin embargo, el torrente frenó sus aguas rebeldes y las volvió mansas, y depositó a la muchacha entre las flores y las hierbas de la ribera.

Psique permaneció en la orilla sollozando. El dios Pan, sentado a pocos metros, la observaba divertido.

—Óyeme, muchacha. No vuelvas a lanzarte al río ni intentes quitarte la vida. Deja ya de llorar y trabaja para merecer de nuevo el amor del buen Cupido, flagelo de dioses y hombres, con rezos y ofrendas.

Pero Psique, como alma en pena y sin responder palabra alguna, se levantó y comenzó a caminar con pasos vacilantes.

Esos mismos pasos fueron los que la llevaron al reino de una de sus hermanas, que la recibió impaciente. Después de abrazarla le preguntó —como si no la supiera— la razón de su visita. Psique, con la mirada extraviada, murmuró:

—¿Recuerdas el consejo que me disteis, querida hermana?

La otra asintió sin mucho convencimiento.

—Me impulsasteis a matar a la bestia que se acostaba cada noche conmigo antes de que me comiese. Me disteis una navaja y un candil.

—Tanto te amábamos. Luchamos por ti.

—Seguí vuestros consejos y cuando prendí la vela descubrí un ser divino y maravilloso. Era el mismísimo hijo de la diosa Venus, Cupido, dios del amor. Para mi mala fortuna, una gota de aceite hirviendo del candil cayó sobre su hombro. Y despertó.

Psique guardó silencio mirando a su hermana a los ojos. La otra respiraba con agitación esperando el desenlace.

—¿Y?

—Dijo: «¿Cómo has podido actuar con tan gran maldad y traición? Toma tus cosas y márchate de mi casa».

—Oh, Psique, cuánto lo siento. Verte sola y abandonada y con un hijo en el vientre. Sin riquezas, sin placeres, sin amor...

La hermana se sentía tan feliz que sus palabras sonaban igual de falsas que su espíritu. Sin embargo, Psique —que no era tan simple como podría creerse por sus antecedentes— continuó:

—Cupido siguió hablando: «Ahora tomaré a tu hermana en tu lugar, me casaré con ella y le ofreceré una espléndida dote».

La joven Psique no había terminado de hablar cuando la hermana ya se precipitaba hacia su marido.

—¡Mi señor! ¡Mi señor! —gritó lanzándose a sus pies—. Mis padres han muerto súbitamente. Debo marcharme. Mi hermana Psique os lo explicará con todo detalle.

Y salió corriendo hacia su nave. Saltó de ella apenas habían asido las amarras y corrió en dirección al risco. Allí, con ciega esperanza, aulló:

—¡Dios Cupido! Recibe a tu mujer. Y tú, viento del cierzo, recibe a tu señora.

Y sin esperar a sentir el arrullo del viento, se lanzó desde la cima. El resto es fácil de imaginar.

Mientras tanto, Psique había seguido su camino, en dirección a las tierras de su otra hermana. Y ésta, ajena a lo sucedido, cayó en la misma trampa y saltó al abismo con el mismo entusiasmo que su difunta predecesora.

El doliente Cupido

Psique, una vez demostrado que no era tan simple, continuó buscando a su marido por pueblos y ciudades. No sabía que su misión era imposible, porque durante todo aquel tiempo Cupido había yacido en la cama de su madre, Venus, lloriqueando y gimiendo a causa de la llaga que le había provocado la quemadura.

Tal fue el estado de nervios en que puso a todos los habitantes del palacio de Venus, que acabaron por mandarle a la diosa una emisaria, la gaviota, el ave blanca que ama rozar las ondas del mar con sus alas.

Ésta se zambulló en las profundidades y se presentó ante la madre de Cupido.

—¿Qué ocurre, amiga gaviota?

—Tu ausencia, diosa Venus, ha coincidido con la misteriosa desaparición de tu hijo, que ha provocado el caos en la Tierra. Huérfanos de afecto, sus habitantes ya no siguen los dictados de la pasión, no se enamoran, no engendran nuevos seres... Incluso han abandonado vuestros templos y ya nadie recuerda que existió algo llamado amor.

—¿Y dónde está Cupido?

—Está muy enfermo a causa de la llaga que le produjo una quemadura. No tolera el dolor y se ha convertido en la tortura de tus sirvientes con sus lloros y gemidos.

Venus estaba comenzando a enfadarse, cosa que le provocaba un intenso placer a la gaviota.

—Seguro que ésa es la consecuencia de una de sus aventuras. Y seguro que hay una mujer tras la agresión. Entérate, amiga mía, del nombre de la arpía que ha engañado y herido a mi joven e inexperto hijo.

La gaviota dijo inocentemente:

—Se rumorea que Cupido se muere de amor por una tal Psique.

Como si un resorte se hubiera accionado en su interior, Venus se levantó del diván donde estaba. Sus ojos bellísimos brillaban de ira. La gaviota enmudeció. Tal vez había hablado demasiado.

—¿Cómo? ¿Psique? ¡Psique! ¿Cómo pudo enamorarse de esa vil mujer que ambicionaba tener mi porte e intentaba usurpar mi nombre? Yo misma le encargué que acabara con ella. Y, gracias al comportamiento de mi miserable hijo, me he convertido en su alcahueta.

Sin parar de quejarse, salió del mar para dirigirse a sus aposentos, donde la esperaba su hijo sufriendo. Desde la puerta, la diosa ya comenzó a dar voces:

—¿Qué has hecho, mal hijo? ¿Te parece bien el lugar en que me has dejado desobedeciendo mis órdenes y enamorándote de mi enemiga? ¿Es que crees que sólo tú puedes otorgar el amor y el desamor? ¿Dudas, tal vez, de que pueda engendrar otro hijo mucho mejor que tú a quien entregar tus poderes? O, quizá, para hacerte más daño, miserable, adopte a algún esclavo y le dé tu arco y tus saetas. Haré que te corten los cabellos de oro que tantas veces he acariciado con mis manos y que te arranquen las alas que con tanto amor enlucí.

Venus no esperó la respuesta de su hijo, consternado ante la furia de su madre, que acostumbraba a ser comprensiva con sus deslices. La bella divinidad salió dando un portazo que alarmó a

las diosas Ceres y Juno, quienes acudieron prestas para saber qué ocurría. Los ojos de Venus resplandecían de ira:

—Os ruego, amigas mías, que me ayudéis a encontrar a la miserable Psique. Voy a acabar con ella, que me ha embrujado a un hijo que ya ni siquiera me atrevo a decir que es mío.

Las otras intentaron tranquilizarla:

—¿Qué gran delito ha cometido Cupido para que estés tan furiosa? ¿Por qué quieres destruir a la mujer que ama? ¿Desde cuándo enamorarse es un crimen? Tu hijo ya es un hombre, ¿te parece bien entrometerte en sus decisiones?

Venus tuvo la sensación de que estaban burlándose de ella, aunque en realidad las otras —que se lo estaban pasando en grande— temían que el hijo díscolo y temible pudiera castigarlas con sus saetas. La diosa del amor se marchó y las dejó con la palabra en la boca. Ceres y Juno se miraron significativamente y esta última no pudo evitar una sonrisa de falsa conmiseración.

Sola ante el peligro

Mientras tanto, Psique, ajena como siempre al negro destino que se cernía sobre ella, seguía vagando por sendas y caminos en busca de su marido. Sin embargo, llegó un momento en que incluso ella se dio cuenta de la inutilidad de su esfuerzo. Entonces acudieron a su mente las palabras que el dios Pan le había dirigido el día en que Cupido la abandonó. Tal vez aquél tenía razón y ella podría merecer de nuevo el amor de su esposo a través de sacrificios y ofrendas.

En eso estaban ocupados sus pensamientos, cuando vio un templo en lo alto del monte y dirigió hacia él sus pasos. Estaba dedicado a Ceres, la diosa maternal de la Tierra. Psique se detuvo en el umbral y observó escandalizada su interior: las espigas de trigo y cebada yacían dispersas por el suelo, los instrumentos de arar y segar habían sido arrojados sobre el altar sin orden ni concierto. Psique pensó que para conseguir el beneplácito de Ceres podía dejar el templo ordenado y limpio. Así que se puso a asearlo hasta que apareció la propia diosa:

—¡Psique! ¡Humana desventurada! ¿Acaso no sabes que la diosa Venus anda por todo el mundo buscando tu rastro para vengarse de ti? En su ira sólo piensa en matarte. Olvídate de mí y piensa en salvar tu vida.

Entonces Psique, horrorizada ante lo que acababa de oír, cayó a sus pies y los llenó de lágrimas suplicándole:

—Ayúdame, diosa sembradora. Deja que me oculte algunos días entre estos montones de espigas hasta que Venus me olvide.

—Pequeña, tus lágrimas me conmueven y me gustaría ayudarte, pero no quiero provocar la ira de Venus. Así que huye y piensa, en mi favor, que no te he hecho prisionera ni retenido para ponerte en manos de mi terrible cuñada.

Así, Psique se vio obligada a marchar llena de dolor y terror. Siguió andando, errante, hasta que se encontró frente a un bello templo que se erigía entre altísimos y frondosos árboles. La senda que llevaba a él estaba llena de ofrendas, cosa que dio esperanzas a la muchacha, que, al llegar al altar, cayó de rodillas y suplicó:

—Diosa Juno, esposa y hermana del gran Júpiter, protectora de las mujeres casadas, apiádate de mí como lo haces de las mujeres embarazadas que están en peligro en el parto. Mis fuerzas se acaban, diosa. Ya no puedo más.

No había terminado de pronunciar aquellas desgarradoras palabras, cuando ya se le aparecía la diosa Juno con toda su majestad y aire apenado para decirle:

—Cómo me gustaría responder a tus ruegos, hermosísima Psique. Pero no puedo actuar contra la voluntad de Venus, mi nuera.

Al oír a la diosa, Psique supo que estaba perdida. Sus pensamientos corrieron raudos. ¿Serviría de algo recabar más ayuda divina si Venus seguía impidiendo que se hiciera efectiva? ¿Adónde podría huir si la buscaban por todas partes? ¿Cómo ocultarse de la gran diosa del amor? «Mi única posibilidad es dejar de huir y entregarme voluntariamente a la ella. Tal vez su hijo esté a su lado y quiera ayudarme.»

Venus conoce a su nuera y Psique a su suegra

Ajena a la decisión de Psique y harta de buscarla por toda la Tierra, Venus subió al Olimpo para asegurarse la colaboración del dios Mercurio, el mensajero alado:

—Hermano mío, ya sabes que no puedo hallar a una esclava que se oculta de mí. Mi última oportunidad es pedirte que hagas que la noticia se extienda por todo el mundo. Y que, además, pregones que se concederá un premio a quien la descubra y me la traiga. Consideraré que encubirla ilícitamente es un crimen y aplicaré yo misma la sanción.

Mercurio se estremeció, porque conocía bien a su hermana y sabía que el castigo sería digno de ella. En cambio, la recompensa...

—¿Cuál será ese premio?

Venus sonrió misteriosamente:

—Siete besos muy suaves y otro mucho más dulce.

Gracias a Mercurio, la noticia corrió como lo habría hecho la pólvora de haber existido en aquel tiempo. La codicia por los besos de Venus se instaló en todos los corazones y salieron hombres y mujeres de todas partes para buscar a Psique.

Sin embargo, la joven ya estaba ante las puertas del palacio de Venus. Alzó la mano temblorosa; todavía no había alcanzado la aldaba cuando la puerta se abrió de golpe y apareció la joven doncella de Venus. Las dos se quedaron paralizadas a causa de la sorpresa. La primera en salir de tal estado fue Costumbre, que comenzó a vociferar:

—¡Mala esclava! ¿Ahora te acuerdas de que tienes dueña? ¿Sabes cuánto tiempo hace que te buscamos? Pero está bien que hayas caído en mis manos: piensa que es igual que si hubieras ido a parar a la cárcel del infierno, no podrás salir de ella pero sí recibir el justo castigo a tu orgullo y rebeldía.

Y entonces se lanzó sobre ella, la agarró por los cabellos y la arrastró hacia donde estaba Venus. Psique no se resistió. Cuando la diosa las vio llegar, comenzó a reír a causa de la ira.

—Te has hecho de rogar para hablar con tu suegra. Tal vez sea porque has puesto a su hijo al borde de la muerte quemándolo vivo. Pero no te preocupes, que yo te recibiré como te conviene.

Y mandó a sus criadas que azotasen a la desgraciada joven. Y ellas lo hicieron con gran placer y, cuando consideraron que habían cumplido su cometido en la medida de los deseos de la diosa, arrastraron de nuevo a la pobre Psique a su presencia.

Venus le dio la bienvenida con la misma calidez y con la misma risa furiosa que la primera vez:

—¿Esperas que tu vientre hinchado conmueva mi corazón? ¿Es que pensabas que me harías abuela? ¿Que yo, en la flor de mi juventud, desearía ser llamada «abuela», y que el hijo de una esclava rebelde tendría oídos para escuchar como lo llaman «nieto» de Venus?

La diosa pellizcó a Psique, que no se atrevió a quejarse.

—Eso sucedería si yo fuera tan necia como para pensar que mi hijo está casado contigo. Pero eso resulta imposible, porque una boda celebrada con una persona que no es su igual, en un monte, sin testigos y sin el consentimiento de su padre, no es una boda legítima. Por ello, si yo consiento que llegues a parir, darás a luz a un bastardo.

Y, terminando su perorata, arremetió contra Psique y comenzó a estirarle de los cabellos y a darle cabezazos.

Ni siquiera viendo a Psique rendida y humillada, se sintió satisfecha la poderosa Venus. Mandó mezclar sacos de trigo, cebada, mijo, garbanzos, lentejas y habas y arrojó la mescolanza a los pies de Psique.

—Ahora que ya tienes claro que no eres mi nuera y que tu vientre alberga un sucio bastardo, probaremos si al menos sirves como esclava. Así que, antes de que caiga la noche, deberás devolver los granos, seleccionados, a sus sacos.

Y dicho eso se marchó a cenar con los dioses.

Psique permaneció largo rato caída junto al montón de semillas. Sabía que nunca podría cumplir la orden de Venus sin ayuda. Así que maldiciendo la crueldad de la diosa, se dirigió a los campos y, bajando los brazos hacia la tierra, invocó a las hordas de hormigas suplicándoles:

—Hijas de la Tierra, madre de todas las cosas, socorred rápidamente a la esposa de Cupido, dios del amor, que está en gran peligro.

E inmediatamente, como olas de agua, infinitas hileras de hormigas comenzaron a surgir de todos los orificios y agujeros. Aunque eran tantas que se estorbaban las unas a las otras, hicieron gala de una gran diligencia y separaron la mezcla con rapidez.

Horas más tarde llegó Venus, harta de vino y exquisitos manjares, cubiertos la cabeza y el cuerpo de rosas resplandecientes. Se le heló la sonrisa en los labios cuando vio los granos correctamente seleccionados.

—¡Maldita! ¡Tú no has hecho esta obra, sino que la ha llevado a cabo alguien que buscaba su propio mal!

Y le lanzó un mendrugo de pan como si de un perro hambriento se tratara.

Psique se durmió entre sollozos, sin saber que unos metros más allá estaba prisionero Cupido, su gran amor. Venus, temiendo que intentara ayudarla, lo mantenía encerrado con la excusa de que su herida podría infectarse. Así que dentro de la misma casa y bajo el mismo techo, los dos enamorados se prepararon para pasar tristemente aquella noche negra y oscura.

El vellocino de oro

Cuando amaneció, Venus mandó llamar de nuevo a Psique. Con una falsa dulzura, más temible que su risa furiosa, la diosa le encargó una nueva misión:

—¿Ves aquel prado por el que pasa el río? ¿Los grandes árboles que ocultan la fuente? ¿Las ovejas resplandecientes y doradas que pacen libres, sin guardián que las persiga? Quiero que vayas allí y me traigas su brillante vellocino.

Psique se marchó casi alegre, porque vio la oportunidad no de conseguir el vellocino, sino de quitarse la vida lanzándose desde un risco al río. Pero cuando llegó junto al torrente, una caña verde, que es la madre de la música suave, le susurró al oído:

—Bellísima Psique, tú que has sufrido tantas tribulaciones, no ensucies mis aguas con tu triste muerte. Venus te quiere mal. Guárdate, pues, de esas temibles ovejas. Cuando toman el sol

están sumamente irritables y, con sus cuernos afilados y sus frentes duras como piedras, podrían matarte con facilidad. Pero cuando el calor del día quede atrás, las ovejas caminarán hacia el río buscando su frescura. Permanece oculta bajo los árboles y, en el momento en que comiencen a dormirse, sacude las ramas y hojas de las plantas por donde han pasado y podrás llenar tus manos de madejas de sus vellocinos.

Así, la caña verde enseñó a la triste Psique cómo podía cumplir el mandato de Venus sin padecer sufrimientos por ello. Y la joven siguió sus instrucciones y llevó el vellocino hasta el mismo regazo de Venus, que acarició pensativa las hermosas fibras relucientes.

—No lo has obtenido sin ayuda. Por ello determino que también has fracasado en esta prueba y que eres una inútil. Todavía dudo de que conozcas el significado de la palabra diligencia. Así que tu próxima misión debería demostrarme que eres capaz de hacer algo por ti misma.

Psique no intentó defenderse. Ni siquiera levantó la vista del suelo.

—Fíjate en aquella montaña tan alta. Entre sus altísimos picos nace una fuente de agua muy negra que desciende por un valle lleno de lagunas turbias y oscuras. No busques en los arroyos. Sería demasiado fácil. Quiero que me traigas un vaso lleno de la primera agua negra, la que surge de la misma fuente. ¿A qué esperas? ¡Márchate!

Y le arrojó el vaso de cristal.

Las aguas estigias

Psique se apresuró hacia la montaña con paso animoso. Nada ocupaba menos sus pensamientos que cumplir las órdenes de Venus. Había decidido lanzarse desde lo alto de la cima y así, acabar con sus sufrimientos.

Pero, al llegar al pie de la montaña, su plan sufrió un duro golpe. Era imposible escalarla. Se trataba de un risco muy alto con paredes completamente lisas. Y casi fuera de la vista, un punto negro casi imperceptible, señalaba el lugar exacto donde nacía la fuente de las aguas negras.

Psique consideró que tal vez podría obtener el agua negra desde el valle que recibía el agua de la fuente. ¡Quizá incluso podría precipitarse hacia una muerte segura desde alguna de las rocas próximas al río! Con esos alegres pensamientos llegó hasta la entrada del valle.

Pero las aguas del arroyo la advirtieron:

—Hermosa Psique, no entres en el valle por tu propio pie. El agua negra está custodiada por temibles dragones que jamás cierran los ojos o pestañean para mantenerse en vela perpetua. Y guárdate de buscar la muerte en mi caudal.

Cuando Psique vio la imposibilidad de llegar a las aguas negras, sintió cómo sus esperanzas de vivir o de morir desaparecían. Su dolor fue tan intenso que ni las lágrimas encontraron ya el camino hacia sus ojos. Aunque su cuerpo seguía latiendo, ella no sentía nada.

Así la descubrió Providencia, que no pudo resistir tanta desesperación y decidió ayudarla. La diosa le envió el águila, el ave real de Júpiter. El ave de las alas abiertas se apresuró, feliz de poder ayudar de alguna manera a Cupido, quien un buen día había acudido en su auxilio. El animal habló de esta manera a Psique:

—¿Es que eres tan ilusa como para pensar que podrás robar el agua estigia, que incluso despierta el respeto de los dioses? Ten en cuenta que, mientras los mortales juráis por los dioses, los dioses juran por las aguas estigias. Dame el vaso que traes contigo.

Como Psique apenas podía moverse, la misma águila tomó el recipiente de sus manos y se lanzó volando hacia las alturas, escapando hábilmente del fuego de los dragones que intentaron sin éxito convertirla en pájaro asado.

Al llegar a lo alto de la montaña, justo en el nacimiento de la fuente negra, el águila reclamó el agua en el nombre de la diosa Venus y su petición le fue concedida. Llenó el vaso y lo depositó suavemente en las manos de Psique. Pero, cuando la diosa del amor lo tuvo entre las suyas, volvió a reír con su risa mortífera.

—¿Crees que han terminado tus sufrimientos? ¿Sabes lo único que has demostrado hasta ahora? Pues que eres una hechicera que ha conseguido que otros llevaran a cabo lo que yo ordené que hicieras sin ayuda.

Psique permanecía en pie ante ella, con la mirada baja. Y, sin embargo, su gesto mantenía la sutil altivez de quien, a pesar de todo, se sabe libre. Cosa que molestaba extraordinariamente a Venus, cuya mente no corría tan rápido como para idear una nueva prueba que doblegara para siempre a la muchacha.

El secreto de la belleza

Tras un largo silencio, Venus salió de la habitación y retornó con una cajita de las que se usaban para guardar perfumes.

—Quiero que lleves esta bujeta a Proserpina y le digas estas palabras: «Mi señora, Venus te ruega que deposites en su interior un poco de tu hermosura, aunque sólo dure un día, porque toda la belleza que poseía la ha perdido sanando a su hijo Cupido, que está a las puertas de la muerte».

Ni siquiera la mención del amado alteró el estado de ánimo de Psique. Venus, un tanto sorprendida, la despidió sin contemplaciones:

—Apresúrate, porque el camino al infierno, donde vive Proserpina, es largo y penoso. Y yo quiero ser la más bella en la fiesta de los dioses.

Y se dio media vuelta y salió de la estancia sin prestar atención a la expresión feliz del rostro de Psique. La muchacha había intuido que se trataba de la misión final, la que conllevaba el cumplimiento de su ya único objetivo: la muerte. ¡Qué acierto el de Venus al proporcionarle el atajo hasta el lugar donde, por fin, descansaría! Con ese pensamiento, Psique se dirigió a una torre muy elevada para saltar desde lo más alto y descender rápidamente al infierno. Pero la torre le recriminó:

—¿Por qué, Psique, quieres precipitarte desde mis piedras? ¿No sabes que si mueres así tu alma se separará de tu cuerpo y, aunque llegues hasta el infierno, nunca podrás regresar?

La torre la advirtió de las maniobras de Venus para que sucumbiera y desapareciera para siempre. Durante largo rato le habló del difícil camino que debía emprender para bajar hasta el infierno, cosa que muy pocos mortales habían conseguido. Mencionó algunos objetos que necesitaría llevar consigo para superar todas las dificultades. Psique la escuchaba apoyada en sus piedras y buscaba en su serena solidez las fuerzas para completar su cometido.

El descenso al infierno

Siguiendo las instrucciones, llegó hasta el monte Ténaro. No le fue difícil encontrar la puerta del infierno, tan precisa había sido la torre en sus explicaciones. Allí comenzaba una senda sin caminantes que llevaba directamente al palacio de Plutón y Proserpina, dioses del infierno.

Psique, con el corazón encogido, se adentró en el sendero oscuro, provista de un trozo de pan empapado en una mezcla de agua, aceite, huevos y miel en cada mano. También llevaba dos monedas en la boca.

Tras andar largo rato por el camino solitario, la muchacha divisó a lo lejos un asno cojo cargado de leña. Su dueño, también cojo, lo seguía a duras penas, y la llamó para pedirle lastimeramente:

—Hermosa joven, ayúdame a buscar hierbas chamizas para sujetar la carga que lleva mi asno. Si no lo haces, se le caerá.

Psique apresuró el paso y marchó rápida, sin mediar palabra. Ni siquiera se atrevió a mirarlo a los ojos para no sentir piedad del anciano. La torre la había advertido sobre él.

Pronto llegó al lago estigio y divisó a lo lejos la balsa del barquero Caronte. Tan avaro como su jefe, Plutón, no hacía nada a cambio de nada. Así que para atravesar el lago, era imprescindible pagarle una moneda. Los muertos a quien nadie había provisto de la moneda se quedaban para siempre vagando en las riberas del río infernal sin llegar nunca a su destino.

Psique se acercó al barquero y abrió la boca para que él mismo tomara la moneda. Caronte hizo que se sentase en la barca con un gesto brusco y comenzó a remar con calma. Cuando

ya estaban llegando, apareció nadando un viejo muerto en avanzado estado de descomposición. El anciano alzó las manos y suplicó:

—Psique, Psique, por favor, por piedad, déjame subir a la barca.

Ésta, con los ojos llenos de lágrimas, se obligó a mirar a otro lado mientras los ruegos lastimeros del viejo se fueron alejando hasta convertirse en un eco. Caronte se rió cuando vio los escrúpulos de la muchacha.

—Si vuelve a aparecer, le daré con el remo en la cabeza a ese viejo bribón.

Por fin llegaron de nuevo a tierra y Psique se dirigió al palacio de Plutón y Proserpina. Ya lo veía a lo lejos, cuando se topó con unas ancianas tejedoras que le rogaron que les tocara la mano. La joven, temblando, echó a correr. Todavía le resonaban en los oídos las palabras de la torre:

—Pasa junto a ellas sin mirarlas porque no te conviene. Piensa que todas las sombras que se dirijan a ti estarán obedeciendo los designios de Venus, que les ha ordenado que te roben uno de los panes mojados, ya que, si lo perdieras, jamás podrías regresar a la vida.

Al llegar a la puerta del palacio, la sorprendió Cerbero, el perro de tres cabezas. Psique retrocedió aterrorizada. La torre le había dicho, burlona, que las tres bocas abiertas asustaban a los muertos, aunque ningún mal podían hacerles. Pero ella sí debía guardarse de su furia. Psique le lanzó el primer trozo de pan y Cerbero cayó sobre él. La muchacha aprovechó el momento para colarse en el palacio y llegar hasta Proserpina, que la recibió feliz de tener compañía del exterior. Psique no se confió, puesto que recordaba las palabras de la torre:

—Quizá Proserpina te mande sentarte y te dé muy bien de comer. Sin embargo, tú acomódate a los pies de la diosa y acepta solamente pan negro. Pide luego, de parte de Venus, y márchate presta, en cuanto te sea dado.

Psique actuó como la torre le había dicho. Y desanduvo el camino que ya había andado, lanzando el otro pan al perro hambriento y dando su segunda moneda al barquero avaricioso.

Cuando llegó a la puerta de la cueva y vio de nuevo la luz del Sol, la embargó una profunda emoción. Y como sucedía con todos los que regresaban del infierno, desde entonces valoraría como un tesoro la clara luz del día.

Psique había seguido todas las instrucciones que le había dado la torre y había tenido éxito. Sólo quedaba un consejo que la atalaya le había repetido en numerosas ocasiones:

—Por encima de todas las condiciones que te he dicho, respeta una: de ninguna manera intentes abrir o mirar el interior de la bujeta de Venus, no quieras descubrir el secreto de la belleza divina.

Sin embargo, Psique no podía pensar en otra cosa. Se sentía fascinada por el tesoro que tenía entre las manos. Su curiosidad, que ya era alta de costumbre, en aquel momento andaba desbordada.

—Sería bien necia si, cargando con la divina hermosura, no tomara ni siquiera un poquito para mí. Tal vez si Cupido vuelve a verme en el esplendor de mi belleza, olvide mi traición.

E incapaz de resistirse más, abrió la caja. Y Venus triunfó al fin. Tras superar las pruebas más duras, Psique cayó inocentemente en la última trampa que le había preparado su suegra. Porque en el interior de la caja no se ocultaba el secreto de la belleza, sino un sueño infernal y profundo.

Así que aún no había terminado de entreabrir la tapa de la caja, cuando la preciosa Psique ya sentía cómo el sopor se apoderaba de ella. Primero fueron sus miembros los que perdieron la fuerza, y después su conciencia se apagó. Y la muchacha cayó dormida en medio del camino. Y habría sido imposible despertarla si no fuera por...

Un beso para la bella durmiente

Su cuerpo casi no llegó a tocar el suelo, porque alguien a quien ella amaba con pasión la tomó en sus brazos y le depositó un beso de amor verdadero en los labios. En efecto, era Cupido. El joven, encerrado en el palacio de su madre, no había podido resistir la

larga ausencia de su amada Psique. La había perdonado y se había escapado por la pequeña ventana de la estancia donde estaba prisionero para encontrarla.

Psique volvió en sí lentamente. Tras tantos días de sufrimiento y de terror, el contacto de los labios amados hizo que se conmoviera tanto que las lágrimas acudieron prestas a sus ojos cerrados. Y no los abría por temor a que no fuera Cupido quien la tenía entre sus brazos y sus penalidades no hubieran llegado a su fin. Sin embargo, Cupido, besándola de nuevo, le dirigió palabras duras, pero llenas de ternura:

—Mezquina muchacha, ¿no escarmientas? De nuevo has estado a punto de morir por culpa de tu curiosidad.

Y, al reconocer su voz, Psique abrió los ojos y lo abrazó y lo besó tanto y tantas veces que parecía que ya no podrían separarse.

Un final feliz

Cupido murmuró al oído querido:

—Ahora debes llevarle la bujeta a mi madre.

Psique se estremeció, pero él la tranquilizó besándola de nuevo antes de que pronunciara palabra:

—No temas, amor mío, yo te protegeré.

Y, dicho esto, se marchó volando. Mientras Psique se dirigía a entregar la última prueba de su tortura a la diosa Venus, Cupido visitó al dios Júpiter. El dios del amor, en realidad, estaba muy asustado ante la desacostumbrada severidad de su madre. De modo que buscó la complicidad de Júpiter para conseguir ablandarla. El dios de los dioses escuchó con una sonrisa las tribulaciones del joven. Cuando terminó, pasó su mano curtida por la cara infinitamente hermosa del muchacho y dijo:

—Chicuelo travieso. Con qué facilidad has olvidado cuando desobedecías mis mandatos e incluso superabas todos los límites atacándome con tus saetas de amor. Has contribuido a mis infidelidades, has mancillado mi honra y mi fama impulsándome a cometer adulterios torpes y sucios. Para conseguir tus fines me has obligado a convertirme en serpiente, fuego, bestias, aves y

cualquier otro ganado. Pero vienes a mi regazo, con los ojos llenos de inocencia y amor, y sabes que haré todo lo que tú desees.

Entonces miró a su alrededor para asegurarse de que su esposa, Juno, no estaba por allí y, bajando la voz, dijo:

—Te pondré una sola condición: si sabes de alguna doncella en la Tierra de hermosura comparable a la de Psique, quiero que me pagues con ella el favor que te hago.

Y a continuación llamó a Mercurio para que convocara un consejo de los dioses:

—Si alguno de ellos faltase, pagará diez mil talentos de pena.

Aquella sutil advertencia hizo que todas las deidades llegaran de inmediato y que el palacio de Júpiter se llenara a rebosar. El padre de los dioses, sentado en una silla más alta que las demás, comenzó a hablar:

—Dioses, vosotros conocéis a este joven por el que siento debilidad; he intentado refrenar sus ímpetus y su ardiente condición. Sin embargo, todos sabéis que está implicado en cualquier adulterio y corruptela que se produzca. Por ello creo que ha llegado el momento de atarlo bien corto mediante el lazo del matrimonio. Él ha elegido a una doncella a la que ya ha privado de su virginidad. Que la tenga, y la posea, y siempre use de sus amores.

Y, cuando acabó, dirigió su mirada a Venus, cuyos ojos ardían de odio y furia:

—Diosa Venus, no te enfades. Esta situación no alterará tu linaje. Yo haré que estas bodas no sean desiguales y que tu hijo se una a una diosa.

Y, dicho eso, mandó buscar a Psique y le ofreció a la joven una copa del vino de los dioses para que fuera inmortal.

A continuación se celebró uno de los grandes banquetes a los que estaban acostumbrados los dioses. Cupido se sentó en el puesto de honor y Psique, que no quería separarse de él, permaneció en su regazo. La comida, regada con el vino de alfajor y los manjares que cocinaba Vulcano, fue amenizada por los cantos de las musas, y las ninfas llenaron la estancia de flores

y rosas. Cuando Apolo tomó su vihuela para cantar, Venus —que había sido vencida— se sintió obligada a enterrar el hacha de guerra, de forma que bailó graciosamente haciendo las delicias de sus admiradores.

Y de esa manera llegó Psique a manos del dios Cupido. Y vivieron felices y comieron perdices, y poco después fueron bendecidos con una hija bellísima, como ellos, a la que llamaron Placer.

Once relatos mitológicos y uno más de propina

Toni Llacay y Montserrat Viladevall

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Consulta el MATERIAL DIDÁCTICO
de esta edición en
www.planetalector.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto, Toni Llacay y Montserrat Viladevall

© Editorial Planeta, S. A., 2011

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Ilustración de cubierta: © Shutterstock

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2013

ISBN: 978-84-08-12132-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com